

La Infame Dictadura
y la Gesta Cívica
de un
Pueblo Campesino

Luis Manuel Villanueva
Con versos de Daniel Oduber
Roberto Fernández

El árbol que da mejor fruto es el que tiene debajo un muerto.

▶ **Presentación**

▶ **Prólogo a la primera edición**

▶ **Pinceladas de la campaña política bajo la dictadura del Gobierno de Calderón Guardia**

- ▶ La campaña electoral y los medios de que se valió el Picado-Comunismo para su propaganda electorera
- ▶ La expulsión de don José Figueres
- ▶ La policía y las Fuerzas de Choque del Comunismo
- ▶ El Hombre Libre
- ▶ Cambio de nombre del Partido Comunista y posición política del jefe de la Iglesia Católica Costarricense
- ▶ El asalto a la Estación Titania
- ▶ La manifestación Cortesista del 17 de octubre en Heredia
- ▶ Lo que el pueblo esperaba
- ▶ La manifestación Cortesista del 6 de febrero
- ▶ La soldadesca nicaragüense
- ▶ Clausura del "Diario de Costa Rica" y "La Hora"
- ▶ Y el largo silencio de don Ricardo al fin se rompió
- ▶ Cual era la opinión política de don Ricardo Jiménez en vísperas de la Manifestación Cortesista del 6 de febrero?
- ▶ El 4 de julio

▶ **Lo que Calderón Guardia y sus secuaces llamaron "elecciones"**

- ▶ El regreso. Primeras noticias del resultado electoral

▶ **La Gesta Heroica de la campesinos de Llano Grande**

- ▶ La primera noticia de los sucesos que precedieron a la gesta heroica de los campesinos de Llano Grande. -El telefonema que puso en movimiento al cuartel general del Cortesismo en Cartago
- ▶ Hacia Llano Grande. Grave incidente entre el Lic. Calvo Gómez y el Mayor Brenes. Un policía apuntando al Lic. Calvo, grita "Hay que darle el tiro de gracia a este canalla"
- ▶ Llano Grande
- ▶ El ex-Agente de policía
- ▶ El fatídico 13

▶ **Epílogo**

▶ **Dolor por los Campesinos Asesinados**

▶ **Savia de Llano Grande**

*"- Abilio, ¡que cayó uno!
- ¡Que Llano Grande no cae!
- Abilio, ¡que cayó otro!
- Faltamos todos. Espera..."*

Daniel Oduber Q.

PRESENTACIÓN (a la segunda edición)

Con ocasión del cincuenta aniversario de la revolución de 1948, y del homenaje que el Gobierno de la República rinde a los héroes de 1944 de Llano Grande de Cartago, simbolizado en la construcción del monumento que fue destruido y quemado mucho tiempo atrás, consideramos importante dar un pequeño aporte reimprimiendo la obra de Luis Manuel Villanueva Pazos, hombre que vivió intensamente los hechos políticos de la década del cuarenta y cuyo ejemplo de civismo sirvió para que junto a él participaran también sus hijos; Jorge Luis y Carlos.

El libro trata de las elecciones nacionales de febrero de 1944 que se convirtieron en antecedente directo de los acontecimientos bélicos de 1948, pues esas votaciones fueron totalmente fraudulentas y se irrespetaron las más sagradas convicciones democráticas y pacifistas de los costarricenses.

Describe el libro las penalidades y zozobras que vivieron los seguidores del partido de ese momento, donde un *¡Viva León Cortés!* Bastaba para recibir la descarga de golpes de black jack de los matones del gobierno y del partido comunista.

D. Luis Manuel deja para la historia patria la narración de una de las páginas más lindas de la defensa del sufragio, ejemplarizada con la lucha que lleva a cabo el pueblo de Llano Grande para impedir -como al final lo logró- la votación de personas que andaban de pueblo en pueblo votando con cédulas falsas.

La lucha fue desigual. Los criminales contaban con armas, protección policial e impunidad de sus actos vandálicos. El pueblo, conformado por humildes campesinos y amas de casa y, encabezados por un agente de policía incorruptible -Abilio Aguilar - antepusieron sus propios cuerpos para evitar lo que en otros lugares no se pudo evitar.

La sangre que se derramó en Llano Grande en 1944, junto con los muertos del 48, son una fuente donde se alimenta el alma de las libertades cívicas y democráticas del costarricense, que profesa un sistema electoral puro y cristalino, y jamás renunciará a ofrendar su vida en pos de salvaguardar la mayor conquista recibida de nuestros padres y que heredaremos a nuestros hijos.

El libro -cuya impresión original data de Diciembre de 1944- contiene además dos hermosos poemas, relativos a la epopeya de Llano Grande, escritos por Roberto Fernández Durán y Daniel Oduber Quirós (q.d.D.g)

Luis Gerardo Villanueva Monge
Arenilla, 12 de abril de 1998

Prólogo a la primera edición

Para hacer una narración de la gesta heroica de los campesinos de Llano Grande, juzgo necesario relatar los hechos políticos que antecedieron al 13 de Febrero de 1944, en los dos últimos años de la Administración del Dr. Calderón Guardia. Bajo esta tiranía negra y odiosa que gestó en sus entrañas una candidatura absurda e impopular, surgió en las propias faldas del Irazú, como un rugido del coloso, la más viril protesta ciudadana. El 13 de Febrero de 1944 humildes campesinos de Llano Grande ofrendaron sus vidas y su sangre en defensa de la libertad electoral. Las generaciones futuras de la hoy Costa Rica ultrajada, sentirán el revivir de la democracia y de las libertades públicas porque con la sangre de los mártires caídos se habrán fecundizado los más caros ideales.

Luis Ml. Villanueva

Pinceladas de la campaña política bajo la dictadura del Gobierno de Calderón Guardia

NO registra la historia ni la recuerdan los costarricenses, una campaña política tan violenta como la que se desarrolló en la segunda mitad del período presidencial del Dr. Rafael Angel Calderón Guardia.

Violenta decimos, porque ha sido la primera vez que un Gobierno legítimamente electo se declaró resuelto a imponerle un presidente al mismo pueblo que lo había elegido. Figuraban como candidatos a la Presidencia: por el Partido Comunista don Manuel Mora Valverde; por el Partido Republicano Nacional don Teodoro Picado y por el Partido Demócrata don León Cortés Castro. Don León Cortés había tomado alguna ventaja en la campaña, pues desde 1941 la había iniciado con jiras a distintas regiones del país, haciendo visitas a sus amigos y simpatizantes y por esa activa propaganda el Gobierno se sentía receloso, pues don León no era el candidato de las simpatías del Presidente. El candidato Sr. Cortés Castro tenía grande arraigo en el pueblo, pues durante su período presidencial de 1936 a 1940 supo captarse las simpatías de éste a base de economía, de trabajo y en general de una Administración sana y ordenada, siendo por consiguiente el candidato popular, pero sus enemigos en el Gobierno del Dr. Calderón Guardia le obstaculizaban su campaña en diversas formas con el beneplácito del propio Calderón Guardia. El Gobierno quería un candidato que no fuera don León Cortés, pero como no lo había de aclamación popular y que tuviera también la simpatía del Gobierno, éste se forjó entonces un plan mediante el cual la Cámara de Diputados reformaría la Ley Electoral y así tendría a su arbitrio el nombramiento de Presidente de la República. Presentado el proyecto a la Cámara provocó una ola de indignación en todo el país y durante todo el tiempo que este proyecto estuvo en discusión, la ciudadanía se mantuvo alerta y resuelta a medidas extremas y a no permitir el ultraje a las instituciones democráticas que nuestros mayores nos legaron. Cabe recordar aquí que el Lic. Cortés Castro, viendo que el propósito del tal proyecto iba dirigido contra él, se dispuso a renunciar a su candidatura siempre que se mantuvieran las leyes electorales vigentes, pero el Gobierno no tomó en cuenta esa promesa, esperanzado en que la Reforma pasaría.

Por aquellos días también el fanático pueblo costarricense, que había tenido como su ídolo a la persona de don Ricardo Jiménez, habíase encaminado hacia la casa del Sr. Expresidente en nutrida y espontánea manifestación a pedirle sus palabras alentadoras, sus sanos consejos en la lucha que se había impuesto contra aquel proyecto. Don Ricardo, atendiendo al público que lo aclamaba, pronunció desde la ventana de su casa las siguientes palabras: "Una de las cosas esenciales de la vida material de las poblaciones es la de beber agua pura y es deber cuidar de los manantiales que la proveen. El manantial que alimenta a la República es el de la emisión del voto y su recuento. Que el voto sea limpio y respetado, que corra libremente, es decir que los dados corran sin estar cargados. Yo no tengo nada que ofrecer, en vigor, a mis conciudadanos, pero sí les digo que me alegro de su actitud y que soy de los que esperan que el Sr. Presidente de la República no apadrinará esa Reforma Electoral que al pueblo no le gusta. ¡Viva Costa Rica! ¡Vivan las

libertades públicas y la emisión libre del voto!" Estas palabras de don Ricardo estimularon grandemente a la ciudadanía en su lucha contra las pretensiones inauditas del Gobierno. De tal modo creció la indignación del pueblo que el 15 de Mayo memorable, el Congreso se vio obligado a retirar el proyecto poco antes de que se le diera el tercer debate. Poco tiempo después se agitó nuevamente la renuncia de los Candidatos, provocada ahora por el mismo Gobierno que quería un candidato único, de transacción para eliminar así al candidato Cortés. Estos esfuerzos de la oligarquía olímpica resultaron también infructuosos, pues el Sr. Cortés se mantuvo firme en su puesto y resuelto a proseguir su campaña electoral, con lo cual dejaba al pueblo la decisión de escoger su Presidente. De este modo, intranquilo el Gobierno con la determinación del candidato del Partido Demócrata, se echó por el atajo de una política desenfundada a favor del candidato oficial. El mismo Presidente Dr. Calderón Guardia, en forma que no era un misterio para sus conciudadanos, hacía visitas a las más sobresalientes personas de la banca, del comercio, de la agricultura... con el objeto de atraerlas hacia el candidato de sus simpatías, el Sr. Picado. Más aún. En una entrevista que celebrara el Jefe del Estado con el Sr. Expresidente don Ricardo Jiménez le ofreció a éste una "candidatura de concentración nacional" manifestándole que él, don Ricardo, era el hombre indicado para esa candidatura. Añadiendo que don Teodoro y don Manuel, con quienes ya había hablado, lo apoyarían con sus partidos políticos, que el Gobierno vería esto cruzado de brazos y que en lo particular tendría toda la simpatía del Sr. Calderón Guardia. Que sólo faltaba saber la opinión del Sr. Cortés. A esta visita del Dr. Calderón Guardia se refería más tarde el Sr. Jiménez Oreamuno en un reportaje de un doce de Febrero inolvidable, manifestando que tal insinuación la había rechazado por haber prometido con anterioridad su retiro definitivo de la política nacional. Es probable, sin embargo, que en aquella negativa de don Ricardo se trasluciera una alfombra de esperanza, verde y difusa, sobre la cual anduvieran luego hasta la casa del Sr. Cortés los traficantes politiqueros, los oligarcas maquiavelos con el disfraz de demócratas. Pero los que esta nueva maniobra gestaron en conciliábulos nocturnos, volvieron a salir defraudados en sus pretensiones porque el Sr. Cortés, atalaya de la dignidad ciudadana, no renunció a su candidatura. Fracasados así todos los intentos del Gobierno por nulificar la candidatura de la oposición, fue en adelante no el juez imparcial que se apresta a dictar el fallo al final de un litigio. No. Fue el bajo delincuente, el delincuente acusado esgrimiendo todas las armas innobles de que se pueda tener imaginación para hurtar la victoria, costare lo que costare. Uno de los primeros pasos tenía que ser la fusión del partido de don Teodoro con el de don Manuel, pero como esta alianza tampoco le daría el triunfo al Gobierno en honestas elecciones, tenían esos señores que forjarse un plan para aplastar a la oposición cortesista. Al Sr. Calderón Guardia que como Presidente de la República le incumbía el nombramiento de las Juntas electorales, hízolo integrándolas en lo que se refería a las provincias de Heredia, Alajuela y Cartago con elementos del Picadismo y del Comunismo exclusivamente, dejando sin representación al Partido Cortesista. Una vez en firme estos nombramientos, muy pocas semanas después se dio a conocer el pacto Picado-Comunista que tan en secreto se había guardado mientras se hacía el nombramiento de las Juntas Electorales en la forma que dejamos relatada. Clamaron los dirigentes del Cortesismo ante el Sr. Presidente pero sus protestas fueron inútiles. Mostróse

inexorable ante el clamor de una gran mayoría del pueblo que le pedía representación del Partido Demócrata en aquellas juntas. Pese a esta infracción a la ley electoral y a otras intransigencias del Sr. Calderón Guardia, el Partido Cortesista mantuvo en pie su campaña en enorme desigualdad de condiciones.

La campaña electoral y los medios de que se valió el Picado-Comunismo para su propaganda electorera.

Dados los medios económicos de que disponía el Partido de las simpatías del Gobierno, había contratado con anterioridad que no deja duda las principales y el mayor número de estaciones de radio. El Partido Cortesista contaba, sin embargo, con las radioemisoras de don Rafael Sotela y don Amando Céspedes, La Titania y la Voz del Comercio, respectivamente.

Los trenes del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico eran puestos a la orden del Picado-Comunismo en cada ocasión que querían hacer uso de ellos, mientras que la administración del Ferrocarril citada ponía dificultades y se negaba a ponerlos al servicio del cortesismo, como si este servicio se solicitara gratuitamente y como si los personeros de la Administración del Ferrocarril hubieran creído que administraban una empresa particular. Los jeeps que el Gobierno de los Estados Unidos había puesto a la disposición del Gobierno de Costa Rica para la defensa continental, se distribuían entre los dirigentes del Picado-Comunismo para las actividades propias del partido que nada tenían que ver con lo otro. El Gobierno disponía de fondos del erario público para mantener un tren de individuos que haciéndose pasar como empleados sólo eran parásitos y miembros propagandistas del Partido Oficial. A los oradores del Partido Gubernista no les merecía ningún respeto la investidura de expresidente del Sr. Cortés y convertían la propaganda en una especie de cañoneo de epítetos soeces, repugnantes y vulgares. El Sr. Cortés no era para ellos el candidato de un gran partido, ni siquiera el costarricense ilustre: era el "lobo humano" era el "nazi" y los costarricenses que lo seguían con entusiasmo, "quintacolumnistas", "reaccionarios" y "cavernícolas". Sobrado está decir que el mismo Calderón Guardia usaba algunos de estos términos cuando escribía sus reportajes en un "periódico libre, de un País Libre, para hombres libres (?)". Nunca el pueblo costarricense ha sido tan duramente tratado como lo fue en esta ocasión por el Gobierno de Calderón Guardia. Desconsiderado, irrespetuoso. Duro hasta lo indecible. "Cristiano" bautizó a su Gobierno pero ni el Gobierno ni él, lo fueron. No puede ser cristiano el sacrílego que en el altar mayor de la Patria profana los derechos del pueblo y se mofa de las instituciones republicanas.

Sería inacabable contar la serie de atropellos y arbitrariedades que el pueblo sufrió durante la administración de este hombre; pero veamos unos.

La expulsión de don José Figueres.

El 8 de julio de 1942, don José Figueres, que había vivido todo su tiempo dedicado a sus empresas agrícolas e industriales, pero a quien no le eran indiferentes las horas de dolor y desbarajuste por que atravesaba el país,

pronunció un discurso en la Estación América Latina refiriéndose a la incapacidad del Gobierno en la solución de los problemas. El Gobierno de Calderón Guardia lo extrañó del país en una forma casi violenta, sin consideración de los más elementales preceptos de humanidad y con olvido de las leyes del país. He aquí el memorable e importantísimo discurso del señor Figueres:

(Honorables colonias americana e inglesa; compatriotas:

Bendigamos el sistema de gobierno que permite a un ciudadano pensar dignamente y expresar su opinión sobre el manejo de las cosas de todos.

Esto es en gran parte conquista de los pueblos de habla inglesa y francesa y es rica herencia del pueblo costarricense.

Hoy este pueblo participa en una guerra mundial donde se libran a un tiempo diversas disputas de los hombres; donde va a definirse, empero, una cuestión fundamental: si puede permanecer sobre la tierra, o si van a perecer, la forma de vida y la forma de gobierno que reconocen como lo más sagrado el respeto a la dignidad humana. Costa Rica milita en el grupo de naciones optimistas en esta gran prueba. Y aquí está un costarricense ocupando libremente la tribuna para decir cosas que pueden disgustar a personas y a grupos capaces físicamente de impedir este acto o de tomar represalias, si no mediaran esas grandes conquistas de los hombres porque hoy se está luchando.

Me siento orgulloso de ser hombre y de ser costarricense. Respiro la atmósfera de las cámaras de Inglaterra, donde ahora mismo se pronuncian censuras a Churchill con independencia y dignidad.

Yo vengo a hablar sobre la situación del momento. Sin ninguna idea original porque cuanto hay que decir se comenta sin cesar en las conversaciones del pueblo y algunas cosas ya se han publicado.

Hay un malestar general, reprimido por diversas consideraciones, contra el Gobierno de la República. El señor Presidente se ha quejado varias veces por la prensa de que se murmura por todas partes, se llega tal vez hasta la calumnia y nunca se concretan cargos serenamente. Por otra parte el público lamenta que nadie tenga la suficiente confianza en el Gobierno para expresar libremente el sentir general, sin temor a represalias y sinsabores. Creo que yo tengo esa confianza. Yo estoy seguro de que no siento temores.

Veamos lo que el público dice sobre nuestra actuación en la guerra. La declaramos a su tiempo, en cumplimiento con el sentir nacional que es en gran mayoría pro-aliado y que desea continuar nuestra vida de instituciones y de derechos. Pero hemos manejado la guerra ineptamente. Tal vez hasta hemos hecho el ridículo ante nuestros enemigos, como ante nuestros aliados. Empezamos por no tener ningún criterio definido en cuanto a las colonias locales de países enemigos. Este es un problema que no es nuevo en el mundo, y los hombres de gobierno debieran haber sabido cómo se maneja. No dimos jamás garantías a nuestros aliados contra los peligros verdaderos de

agrupaciones enemigas tan cerca del Canal de Panamá. Las únicas medidas que se han tomado lo han sido a instancias directas de la Legación Americana. Y es bien sabido que bajo la política de buen vecino las legaciones desean intervenir lo menos posible en acciones internas de otros países, a pesar de que somos sus aliados. Y en Costa Rica tienen que intervenir, por la incapacidad de las autoridades locales. Tenemos a nuestros aliados en estado de inseguridad, como el que se siente en los cuarteles cuando se habla de que hay traidores adentro. Hemos estado lejos de dar toda nuestra entera colaboración.

Con nuestras escasas fuerzas podríamos al menos haber reconocido nuestras costas palmo a palmo, para sentirnos seguros de que no hay depósitos de aprovisionamiento de submarinos, protegidos de los aviones por las espesas selvas tropicales. Cada uno debe ayudar con lo que tenga.

El Gobierno no procedió a tiempo. Se podrían al menos haber emplazado pequeños cañones, como dicen que se está haciendo ahora que ya es tarde. Así pasamos por la verg(enza de que se metiera un submarino enemigo hasta el puerto mismo de Limón y clavara la puñalada a nuestro huésped en nuestra propia sala. Nosotros somos los responsables, por imprevisión, por desconocimiento de nuestras incumbencias. No podemos esperar que los Estados Unidos organicen por sí solos en unos pocos meses la defensa de todos los puertos y de todas las costas del Continente. Si cada pequeña nación no hace lo que puede, tanto les da tenernos de aliados como de enemigos. La peor forma de sabotaje es un aliado incapaz.

En protesta contra el hundimiento del San Pablo, que la multitud no puede enfocar y juzgar cuerdamente, se organizó en San José un desfile la tarde del 4 de julio. Hubo al principio una hermosa manifestación de duelo, por lo menos, del barco. Luego la gente rompió los vidrios de algunos establecimientos de casas enemigas y la manifestación se dirigió a la Casa Presidencial. Y entonces, paso por la pena de decirlo, el señor Presidente cometió los errores que luego ha lamentado tanto en los periódicos y en sus actuaciones posteriores. Cayó en la trampa de un discurso político de un jefe de partido, don Manuel Mora; olvidó las lecciones elementales de psicología colectiva o de psicología de las multitudes; hizo derroche, aunque fuera momentáneamente, de una absoluta falta de prevención práctica de las cosas. Pronunció un discurso de buena fe, que enardeció al pueblo inconsciente y desató la tempestad que no pudo luego contener, y la ciudad fue saqueada y la gente destruyó más riqueza pública (porque pública es en estas circunstancias toda riqueza, especialmente la de las colonias enemigas), destruyó más riqueza, digo, la gente en dos horas, que la mercadería que perdimos en el San Pablo. En cambio, en los Estados Unidos se Trabajó el 4 de julio, produciendo riqueza que todos necesitamos. Y ahora todos se lavan las manos. Ni el partido Comunista tiene la culpa, ni el Gobierno tiene la culpa. Yo creo que los dos son culpables, pero más el Gobierno, porque es el responsable del orden público que no supo mantener. La peor forma de sabotaje es nuestra propia incompetencia.

Y ya nos apartamos del renglón de la guerra para entrar en asuntos internos. Los rumores que preocupan al señor Presidente han llegado a su máximo en estos días. Se dice que el Gobierno está entregado al Partido Comunista. Y se dice que el Gobierno se ha visto obligado a echarse en brazos de ese Partido, porque las clases dirigentes y los demás grupos, lo han abandonado en su lucha política contra el partido o partidos que no son de su agrado. Tal vez sea cierta ese abandono político. Pero el Gobierno no tiene por qué estar haciendo política, en vez de limitarse a gobernar, especialmente en tiempos de guerra. Si el Gobierno está en manos del Partido Comunista por razones políticas y si el Partido Comunista tiene que satisfacer, por razones políticas, a las chusmas de pillos inconscientes, llegamos a la triste conclusión de que la presente Administración ha entregado el país a esa muchedumbre que saqueó la capital la noche del 4 de julio.

Veamos las finanzas. Todos sabemos que el Gobierno está atrasando pagos. Y nos dicen que es por la guerra. Creen que somos ingenuos. La verdad es que en los dos años que esta Administración ha concluido, las entradas fiscales han sido las más altas de nuestra historia hacendaria. Cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones por año. ¡Oigan las cifras, costarricenses! Y sepan que en años relativamente recientes, las entradas de la República han bajado hasta diecisiete millones en un año. Y a este Gobierno le han entrado cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones. ¿Y cómo empezó la Administración?: con siete millones disponibles entre las varias cuentas. ¿Y cómo está hoy?: sobregirada en dos a dos y cuarto millones. ¡Dos a dos y cuarto millones de colones! ¿Y el saldo en descubierto en la calle?: seis millones de colones.

Paremos. Para describir el desastre hacendario en que nos hemos metido hay que hablar de millones como de cincos de achiote. Paremos las cifras por la siguiente razón: es cierto que si este Gobierno termina su período le habrá costado al país tal vez cien millones de colones, botados fuera de Presupuesto. Pero el daño que habrá sido más grave y que no se puede expresar en guarismos, es el daño moral de corromper al pueblo con manejos irresponsables de los fondos públicos. La función del Gobierno es educar.

Otro ejemplo: la langosta. Con dispensa de trámites se hacen pasar por el Congreso los proyectos de mayor trascendencia, inmediata o futura. Viene la plaga de la langosta, que barre los cultivos como un huracán. Y hay colma. La langosta llegó a San Ignacio: un proyecto de ley destinando cincuenta mil colones a combatirla. La langosta está en Jorco: primer debate del proyecto. La langosta se comió los frijolares de San Gabriel: segundo debate del proyecto. La langosta dejó sin sombra de guineo los cafetales de Rosario: tercer debate. La langosta en los bajos de Bustamante y el Gobierno no sabe qué hacer con los cincuenta mil colones. ¡En Corralillo! El Gobierno ya no tiene los cincuenta mil colones. Sigán espantándola con tarros los dueños de milpas de Copalchí. La langosta invadió la rica y floreciente zona de El Tablazo. El Gobierno tiene la satisfacción de informar que el peligro ha desaparecido. Los que han desaparecido son los maizales. Y lo que debiera desaparecer es el gobierno.

Esto semeja los cuentos de los humoristas franceses sobre la inconsciencia de los políticos de París. Esto recuerda las risas de azúcar de la Francia de ayer. Esto presagia las lágrimas de acíbar de la Francia de hoy.

Yo no estoy especulando sobre la Teoría de la Relatividad. El caso es que mis peones no tienen maíz, pero disfrutamos de un decreto que fija el precio a un colón el cuartillo. Pónganlo a diez céntimos, si es cuestión de decretos, y lo tendremos más barato. Lo que ignora el Gobierno es que con decretos no se hacen tortillas. Mis peones no tienen zapatos, ni sábanas limpias, ni leche para sus niños, pero el Seguro Social les garantiza una vejez sin privaciones. Señores del Gobierno: acabemos la comedia; asegúrenles a los costarricenses un buen entierro y déjenlos morir de hambre.

En los comienzos del cine parlante, el aparato consistía en un proyector mundo corriente, más un fonógrafo de discos. Era muy difícil hacer coincidir el sonido con la imagen de la pantalla. A menudo se quedaba uno atrás del otro. Y a veces el operador se equivocaba y sonaba un disco de versos provenzales mientras se proyectaba un match de boxeo. Hoy en Costa Rica, quien ve la realidad de las cosas y simultáneamente escucha a los personeros del Gobierno, recibe la misma sensación de desconcierto; siempre están tocando el disco que no es. Ahora anda la policía con carabinas para evitar el saqueo del sábado pasado.

Pero, señores, el momento no es de risas, ni yo soy hombre de lágrimas. Yo no vengo aquí a llorar calamidades, ni a mortificar por placer sadista a los hombres de Gobierno, ni a censurar actuaciones ineptas que no tengan a mis ojos remedio...

(En este momento hubo orden de suspender la transmisión)

La policía y las Fuerzas de Choque del Comunismo.

Con el discurso del señor Figueres podría decirse que se marcó una nueva etapa en el Gobierno de Calderón Guardia. Los conceptos emitidos por el orador exasperaron de tal modo al Mandatario que ya en adelante la violencia salió a relucir por todas partes. Lejos de aprovechar la crítica saludable para frenar los gastos superfluos, Calderón Guardia prosiguió en forma acelerada el desbarajuste económico de la nación a tanto que si el 8 de Julio de 1942 - según el discurso del señor Figueres - el Gobierno tenía un sobregiro de dos millones y medio, al terminar esa Administración había llegado a la escandalizante suma de SETENTA Y DOS MILLONES DE COLONES.

Dije anteriormente que ante las críticas formuladas al Gobierno, éste se sentía exasperado; lo que se prueba con lo siguiente: las fuerzas de policía, que siempre han sido las que velan por el orden, por la tranquilidad y por la seguridad de todos, querían acallar la más leve demostración de protesta o inconformidad... y ¡de qué modo lo hacían! Colaborando con los comunistas, que organizados en "Fuerzas de Choque" maltrataban a la oposición inerme a todo su antojo. Un "Viva León Cortés" era un grito de guerra, un grito de protesta que sonaba muy mal en el oído de los gobiernistas. Estos gritos sólo

se podían aplacar a base de cintarazos de la policía o a golpes de black jack, arma ésta que sacaron a relucir los comunistas. Creían ellos que usando de la violencia podrían acallar el grito de rebeldía de todo un pueblo.

El Hombre Libre.

Como la ciudadanía no podía expresar libremente su pensamiento sin exponerse a las represalias del enemigo político y del Gobierno, apareció un semanario tirado a polígrafo, en el cual se le hacían al Gobierno cargos de suma gravedad en relación con los fondos del Erario Público; también hubo otras publicaciones de diversa índole, apócrifas, cabe decir.

Cambio de nombre del Partido Comunista y posición política del jefe de la Iglesia Católica Costarricense.

Al emitir el Gobierno de Rusia un acuerdo por el cual quedaba disuelto el Partido Comunista en el resto de los Países del Mundo, el que se había organizado en el nuestro cambió su nombre y se hizo llamar "Vanguardia Popular". Bueno estaba el cambio de etiqueta para que el Partido prosiguiera en sus actividades de propaganda doctrinaria, más no para ganar la adhesión del pueblo justamente receloso y desconfiado. Pero la Legislación Social que el Gobierno preparaba fue tomada por el Comunismo como caballo de batalla para atraer adeptos; de modo que si estas leyes eran buenas porque tendían a corregir graves injusticias sociales, lo verdaderamente cierto era que con ellas se perseguía un fin político, y ocultar, además, como con columnas de humo, los peculados del Gobierno de Calderón Guardia y sus adláteres. Y con el estandarte de Vanguardia Popular en una mano y el de las Leyes Sociales en la otra, el líder comunista habría de conseguir la más grande de sus audacias: convencer al Jefe de la Iglesia Católica Costarricense, Ilmo. y Revdo. Mons. Sanabria, y obtener la absolución pública para su Partido. Pero Mons. Sanabria fue todavía más amplio dándole su adhesión al Partido Picado-Comunista. No reside en esto, sin embargo, lo verdaderamente espectacular. En una manifestación que el Picadismo efectuó por las calles de San José aparecieron en un jeep encabezando el desfile, don Teodoro Picado, don Manuel Mora y Monseñor Sanabria. Las actividades seudo políticas de Monseñor trajeron al lado del Partido que hemos venido aludiendo, la adhesión de gran número de sacerdotes costarricenses. Sensible por cierto y desilusionante de verdad.

Que buena parte de los sacerdotes siguiera a su pastor en la turbulenta ala de anticivismo, no es nuevo ni es extraño. Hay casos desconcertantes en la historia de la humanidad. Durante la Revolución Francesa surgió un clérigo, conocido también como Profesor de Matemáticas y Física. Al escalar los más altos puestos públicos abandonó los hábitos, se hizo ateo, y con sus prédicas extremistas se adelantó cien años al Comunismo de la época actual. La mayor satisfacción de ese tenebroso personaje, conocido por José Fouché, consistió en haber conquistado con su elocuencia la simpatía y el apoyo del Cardenal Francois Laurent y la de treinta sacerdotes más, vanagloriándose así de haber terminado con el fanatismo religioso.

No está en mi ánimo demeritar las grandes virtudes de Monseñor Sanabria. No. Ante su Santidad me postro. Es que su caso político tiene un leve matiz que lo hace parecerse al otro. Pero Monseñor Sanabria se enroló en la política atraído por la aparente buena fe de Mora. Un hombre honrado, un santo varón no podía comprender que en el fondo del alma de otro hombre cupiera tanta maldad.

El asalto a la Estación Titania.

Ya hemos dicho que las únicas Estaciones de Radio que operaban a favor de la oposición eran la Tinta en San José y la de don Amando Céspedes en Heredia. Es justo anotar que el propietario de la primera, don Rafael Sotela, hizo una campaña colosal a favor de las instituciones republicanas, ocupando todo el día y parte de la noche en labor patriótica y altiva, pero a fines del año 1943 un grupo de individuos, ex presidiarios unos y fanáticos amigos del Gobierno y del candidato Picado otros, asaltaron la estación en momentos en que su propietario se encontraba ausente. Penetraron a la casa de habitación e irrespetando las canas de la anciana madre del señor Sotela, revólver en mano iniciaron la total destrucción de la radioemisora, usando para esto varillas de hierro de las que se habían provisto anticipadamente. Este hecho produjo una ola de gran indignación en el público. Se levantaron contribuciones y pronto pudo el señor Sotela montar su estación y ponerla, como él mismo lo dijo, «al servicio de Costa Rica».

La manifestación Cortesista del 17 de octubre en Heredia.

El día 15 de octubre de 1943 el Partido Cortesista se preparaba a celebrar una grandiosa manifestación en la ciudad de Heredia. Al objeto se había escogido como lugar de reunión el patio de beneficio de la finca de los señores Julio Sánchez e Hijos, situado en San Francisco de Heredia. El Comunismo y el Gobierno resueltos a impedir a todo trance las actividades de propaganda del Cortesismo se habían organizado en bochornoso maridaje y criminal acción.

Oigamos por boca del ex-candidato Licenciado Cortés Castro lo que ese día ocurrió en la citada de Heredia: Tomamos su reportaje publicado en "Diario de Costa Rica" del 19 de octubre.

- "Como es posible, casi seguro que la voz oficial venga hoy mismo justificando bajo el manto de cristiana irresponsabilidad los actos sin nombre, verg(enza del gobierno e indeleble afrenta para el prestigio de la república, acaecidos ayer en Heredia, es necesario que yo le diga al país, no en mi calidad de jefe de un partido, sino con la credencial más alta de ciudadano costarricense, la verdad de esos mismos sucesos. Y casi he dicho mal al expresar que hablaré para el país porque éste se ha dado cabal cuenta de la hora de horrenda angustia y de justificada zozobra que confrontó ayer la ciudadanía libre de la cercana ciudad. He de hablar, más que para propios, para extraños, para los extranjeros, para los representantes de naciones amigas que con nosotros conviven, y que habrán de ser en el momento necesario los juzgadores imparciales de los sucesos que por desgracia están tomando tan mal cariz, y que pueden presentarlo peor, si el gobierno en su ausencia de todo sentido de

responsabilidad sigue impertérrito, prestando la complicidad de la tolerancia, a las hordas, no ya partido político, que ayer cubrieron, primero de sobresalto y alarma, luego de pánico y de dolor, a la ciudad de Heredia. Este señor que hace de presidente, y que en su ya enfermizo intento de aniquilar la voluntad libre del pueblo, ha entronizado la tiranía de las hordas rojas en Costa Rica, dijo en su último discurso pronunciado en la ciudad de Heredia, que era altísima misión del gobierno la de mantener el orden a toda costa. Pero no habrían de transcurrir sino muy cortos ocho días, para que ese principio y esa promesa se los llevara el viento de la insinceridad. Ayer los costarricenses, estupefactos y confundidos ante tanto suceso vandálico cometido por los comunistas en Heredia, pudimos darnos cuenta cabal y exacta, de que la fuerza pública, la que todos pagamos para que con el título de policía de orden y seguridad resguarde nuestras vidas y haciendas, respaldó, con la criminal tolerancia de su inacción, a las brigadas comunistas que de San José, de otros lugares del país y de la propia ciudad de Heredia, se situaron en su calle principal, armados de palos, piedras, varillas de hierro y aún de revólveres desde temprano de la mañana, para apoderarse de la plaza -valga el término-, y así interrumpir el tránsito, romper carros, como en efecto los rompieron, insultar a las gentes con la soez palabrería propia de tal casta, y llegar luego hasta los dolorosos atentados personales de que fueron víctimas el profesor Dobles Segreda y su hijo don Manuel, todo por el delito de pedir, con afán conciliador, la intervención de la autoridad a fin de que cesara la afrenta que a una ciudad indefensa y más que a ella, al postulado de civilización, le inferían las brigadas del terror rojo, amparadas, autorizadas y aun a veces reforzadas por los miembros de la fuerza pública, y todo esto ocurría así porque esa es la manera sui géneris, como entiende este Presidente Calderón Guardia el postulado de (guardar a toda costa el orden público), que esbozara el domingo anterior en donde las fuerzas aliadas del gobierno habían de llenar de ludibrio y oprobio al credo democrático del país. En la capital y desde la noche anterior a la del trágico domingo 17 de octubre de 1943, era un secreto a gritos, menos para los oídos del gobierno, que los comunistas trataban de hacer lo que efectivamente hicieron al día siguiente. El más trivial concepto del cumplimiento del deber, el menor apego al credo de orden y seguridad que el Poder Público está en la imperativa obligación de cumplir, compellía al gobierno a tomar las medidas para que los ciudadanos de Heredia y los que visitaran esa ciudad en actividad política, lícita, porque estaba enmarcada dentro de los preceptos de la ley respectiva pudieran desenvolverse sin obstáculos de ningún género. Todo sucedió al contrario. La policía de Heredia, la de San José, los números de tráfico y todo el grupo de espías y de esbirros, que con el título de policía de investigación mantiene este gobierno, se mostraron impotentes para retirar a los malhechores y dar así prueba de que iban a cumplir el postulado de mantener el orden, al cual hiciera referencia el presidente Calderón Guardia en su discurso del domingo 10 de los corrientes. Pero entiéndase bien que esa impotencia, a la que aludo, se derivaba, no de la poca cantidad de las fuerzas que eran numerosas, no de falta de equipo porque estaban armadas hasta los dientes; no del falso concepto que de su misión tuvieran, sino de la consigna dada por sus superiores, esto es, mirar y pasar, tolerar y aun auxiliar las actividades de una hora de forajidos que en tales circunstancias, fácil es comprender que dominara la situación, infundiera pánico y terror y competiera toda suerte de desmanes. La actitud pasiva de las autoridades de Heredia, de

dejar hacer y de levantarse de hombros ante la acción de los malhechores, no puede mover a sorpresa en el criterio de los costarricenses, pues que esa actitud está en armonía y es repetición de otra también trascendente en que ocurrieran sucesos trastornadores del orden público y con daño grave para la propiedad privada. Fácil es comprender que me refiero a los acontecimientos del día cuatro de julio de 1942, en que el comunismo desbordado por las calles de la ciudad, rompió vidrieras primero y saqueó los establecimientos de comercio después, todo esto a vista y paciencia de una policía que fue incapaz de actuar, y que toleró el desafuero en San José, como ayer en la ciudad de Heredia. Son los mismos hechos fatídicos los que se repiten, son las mismas personas las que intervinieron en Julio de 1942, y tomaron actitud similar en Octubre de 1943. Los mismos hechos y los mismos consentidores.

En esta actitud de inacción que con justicia atribuyo a la fuerza pública que el gobierno estacionó ayer en Heredia, hay un hecho significativo como el que más, que también he de citar. Terminada la reunión en San Francisco, nos dirigimos a la ciudad de Heredia, ya rumbo a San José, el coronel Gallegos nos hizo la merced de ir con su carro adelante del nuestro para evitar las agresiones y los irrespetos de la turba comunista. Creímos al ver a nuestro paso de San Francisco a Heredia, a más de 80 números de la fuerza pública, estacionados bajo el alero de las casas, en actitud pasiva, que el orden y la tranquilidad ya reinaban en Heredia, y que la policía descansaba ya de sus faenas, por haber despejado las calles de la presencia de las hordas rojas; más las cosas no ocurrían así. La policía, con esa su actitud, cumplía a maravilla el plan de mirar y pasar, de tolerar y consentir, porque si otras hubieran sido sus instrucciones, esa policía debió, por imperioso cumplimiento de su deber, estar en faena activa, retirando a la chusma comunista, que, - siguiendo el carro del Coronel Gallegos - pasó el mío, y se lanzó detrás, armada de garrotes y aún dos de sus componentes, con sendos revólveres. Los carros que seguían al mía, fueron atacados, y aún llegó la osadía de los rojos hasta golpear el brazo de una dama que en ellos viajaba.

La consigna de ayer era impedir nuestra reunión a como hubiera lugar, no dar paso a las gentes interrumpiendo el tránsito, y por último matar a pedradas, a palos, y aún a balazos al candidato del partido demócrata, cuando éste asomara con su carro en el puente de Pirro y rumbo a San Francisco de Heredia. Todo lo que digo lo sabíamos los cortesistas, lo sabían las mujeres, no lo ignoraban los niños, pero de ello estaba ayuno el comandante en jefe de las fuerzas militares del país. Muy cómodo le habría resultado al doctor para el desenvolvimiento de sus planes de desplazarse en forma definitiva de la candidatura y aún de la vida a como haya lugar, el que yo hubiera sido pasto de las brigadas comunistas en el día de ayer. Tan son las cosas como las estoy diciendo, que a las diez y media horas de ayer domingo, llamé por teléfono a mi muy estimado amigo doctor don Roberto Jiménez Ortiz, para enterarlo de lo que iba a ocurrir en Heredia, con el ruego de trasladar mi conversación a su hermano el señor Secretario de Estado don Carlos María Jiménez. No sé exactamente si don Roberto pudo o no cumplir mi recomendación, pero enuncio esta circunstancia para que se vea que hubo intervención oportuna para poner en autos al gobierno, del SECRETO de que los comunistas causarían desórdenes en la ciudad de Heredia. Es claro que el gobierno, en su

afán de justificar la multiplicidad de errores que viene cometiendo en el desarrollo de la política del país, y en la cual no debe tener ni arte ni parte, tratará mañana, con palabra propia y mediante la vocinglería de sus lugartenientes, de decirle al país que los demócratas somos los responsables de toda suerte de desacatos a la autoridad. Pero la lógica, que es más fuerte que el embuste, hará conciencia en el criterio de la gente honrada para juzgar la actitud del gobierno y la conducta del partido demócrata. Es bueno repetir que, en las reuniones de San Ramón, Palmares, Naranjo, Curridabat, Coronado, Tres Ríos, Moravia, San Isidro de Heredia y Desamporados, algunas de ellas tan numerosas como la de ayer, donde la policía no llegó porque nos hicimos garantes del orden y éste se mantuvo perfecto, no hubo conflictos ni incidentes y todo se desarrolló en perfecta paz. La no intervención de la autoridad, fue en todas esas oportunidades la circunstancia eficazmente aliada del orden. A la reunión de ayer, mandó el gobierno fuerza pública en mayor número que en todas las anteriores reuniones que también lo hiciera. Debe sobreentenderse, dentro de un criterio de sensatez en que no juegue el concepto de parcialidad y de persecución oficial sobre un partido político, que la policía debió haberse situado ayer, no en San Francisco, donde el Partido Demócrata no hacía otra cosa que esperar la llegada de su candidato, estando la mayoría de las gentes estacionadas dentro del recinto cerrado propiedad de la sucesión de don Julio Sánchez, y algunas otras en la calle frente al edificio - sino en el sitio donde imperaba el desorden, donde desde temprano se infundía el pánico y el terror, donde se rompían carros, donde se registraba a los transeúntes, o en otros términos, donde imperaba el vandalaje del comunismo. Pero todo pasó inadvertido para las fuerzas de policía de Heredia que estaban reconcentradas en su cuartel, y de San José, que primero al mando del sicario sargento Aguiar, y luego del coronel Gallegos, se fueron a situar donde el Partido Demócrata no reclamaba protección ni auxilio, y donde no había necesidad de fuerza pública, porque allí no había desorden. Se dice, para echarnos encima toda la responsabilidad de lo ocurrido en San Francisco que el Partido Cortesista atacó a la policía con palos y piedras. La policía llegó a San Francisco al mando de Aguiar y ordenó que las pocas gentes que se encontraban en la calle entraran a los patios de beneficio de la sucesión Sánchez, y como algunas no se movieron de inmediato, vino la orden de darle cincha al pueblo, como en efecto se hizo, provocando esta actitud violenta la protesta de los flagelados. Del beneficio tiraron palos a la policía, en el intento de repeler la injusticia de la fuerza con la justicia del derecho. La fuerza pública disparó sobre la multitud, y fue así como resultaron heridos indefensos campesinos por el sólo delito de haber asistido a una reunión. Suprímase la presencia de la fuerza pública en San Francisco de Heredia, y allí no habría pasado nada, como efectivamente no pasó en San Ramón, en Grecia, en San Isidro de Heredia y en otros tantos lugares.

En todas las actividades de la noche del sábado y de la mañana del domingo, preparatorias del asalto a la ciudad de Heredia, jugaron papel importante esos fatídicos jeeps que el gobierno americano, con generoso gesto de auxilio a este país como colaboración de la defensa continental, suministrara a Costa Rica en momento oportuno, pero que hoy se utilizan casi exclusivamente para fines políticos, y más que políticos, dictatoriales. Don Manuel Mora viaja en su flamante carro custodiado por dos jeeps que ocupan los comunistas, y ese es

espectáculo corriente en nuestras carreteras. Gobernadores y comandantes, no al servicio de las necesidades de su provincia, sino de la política de los partidos aliados, también ocupan los fatídicos jeeps para andar de pueblo en pueblo atemorizando a los indefensos campesinos, bajo la amenaza de las multas, del aniquilamiento de sus negocios, de levantar la cuota de sus detalles, y de otros tantos socorridos expedientes que hacen brillante juego en este régimen de arbitrariedad y de violencia, y en que no cuenta siquiera la línea recta de una actitud decidida en la política de gobierno, con un solo rumbo, un solo derrotero, sino la audacia y la encrucijada. A estas horas, óigalo bien el país, en las esferas oficiales se trata de atemorizarme, de asustarme, de sacarme del "ring", no con la mano propia, sino por medio de la agresividad del comunismo o semejanza de lo del gato y la castaña, pero también viendo el error que se ha cometido al pactar con el comunismo se anda de nuevo en las acostumbradas y muy maltratadas andanzas de buscar un candidato de transacción que desplace a don Teodoro y a don Manuel por las buenas, y al Jefe del Partido Demócrata, a como haya lugar. No lo lograrán hacer, no habrá fuerza humana que me obligue a separarme del lugar en que el pueblo me ha colocado, porque no estoy resuelto a plegarme a que sea el capricho de un dictador, y no el pueblo con la soberanía de su sufragio, el que designe al nuevo Presidente de Costa Rica. Una vez me decía un médico ilustre de este país, el doctor don Antonio Peña Cavaría, que el suelo democrático había que abonarlo a veces con sangre, como ocurriera en Colombia, por ejemplo. Yo estoy resuelto si el caso llega, a abonar el suelo de mi patria con mi propia sangre, si es que con ella pudiéramos llegar a convertir en humus salvador, las tierras ingratas e improductivas de la que sí es verdadera caverna y reacción."

Lo que el pueblo esperaba.

En el ambiente de esta ultrajada partida, en el espacio de su cielo nebuloso había, sin embargo, un rayito de luz, una esperanza que el pueblo alentaba en su corazón: Ricardo Jiménez O. Tal vez don Ricardo hable. Tal vez olvide resentimientos y se coloque al lado de su pueblo. Ricardo Jiménez estuvo con la justicia en contra de la Reforma Electoral. Tal vez hable... Y así comentábamos todos, un día y otro día... y el tiempo se iba pasando en una larga espera. No sé por qué razón circuló el rumor de que en la manifestación de 6 de febrero que preparaba el Cortesismo don Ricardo Jiménez haría transcendentales declaraciones, y este solo anuncio estuvo a punto de convertirse en un verdadero grito de alegría. Pero había que esperar...

La manifestación cortesista del 6 de febrero.

Al fin llegó el seis de febrero. Como el Gobierno obstaculizaba por todos los medios a su alcance el traslado de fuerzas del Cortesismo hacia San José, los manifestantes se vieron obligados a hacer el recorrido a pie en la mayor parte del camino. Habíase entablado una lucha directa entre el Gobierno y el Cortesismo; aquél dispuesto a poner toda clase de tropiezos y dificultades y éste en salvarlos, tal como en los campos de batalla: cuando el enemigo retrocede vuela los puentes y obstruye los caminos; pero el ejército vencedor los reconstruye y salva las distancias a como haya lugar.

Así, ese día de la manifestación todo el mundo se echó a la calle en un grandioso desfile patriótico, desafiando todos los obstáculos... A las diez de la mañana San José era un mar humano y la Plaza González Víquez, lugar de reunión, fue incapaz de contenerlo. Datos imparciales hacen llegar a 80.000 los manifestantes. En esta manifestación no faltaron las provocaciones. El Partido Comunista, relativamente pequeño pero bien organizado, se constituyó en agente provocador. Cuando los manifestantes cortesistas desfilaban ya de regreso hacia sus casas, un grupo de individuos con la bandera del Partido Picadista recorrían la Avenida Central en dirección contraria a la que llevaban los manifestantes y lanzando gritos desaforados y viviendo a su candidato. La provocación tuvo el éxito que ellos buscaban, pues allí se formó Campo de Marte que los comunistas aprovecharon para asaltar el Club Cortesista, cuyos encargados no estaban presentes, llevándose toda la documentación que allí se había guardado junto con unos revólveres que justamente habían sido llevados allí para prevenirse de cualquier ataque alevoso y traicionero de los Caldero-Comunistas; pero como se ve el ataque tomó completamente de sorpresa a los encargados del citado Club.

De ese encuentro en las calles resultaron muchos heridos y hasta uno o dos muertos, motivo que los Picado-Comunistas tomaron para hacer creer al resto del país y a las naciones amigas del mundo, la falsa noticia de que había fracasado una revolución provocada por el Partido Cortesista, tejiendo además una serie de fantasías tan grotescas como perversas.

La soldadesca nicaragüense.

Por esos días también hizo su aparición en Cartago y en otras provincias del país, una, por lo vulgar, famosa soldadesca nicarag(ense que el Gobierno de Costa Rica había organizado con peones de esa nacionalidad, traídos de las fincas bananeras del Atlántico y del Pacífico y con el objeto de aplacar inmisericordemente el grito de rebeldía de los ciudadanos costarricenses. Este fue el recurso extremo a que echaron mano los servicios de Calderón Guardia cuando les fue imposible conseguir más costarricenses para el resguardo de sus cuarteles y para los planes que ellos se proponían.

Clausura del "Diario de Costa Rica" y "La Hora".

En un ambiente político de esta clase la ciudadanía, nerviosa e indignada, veía desarrollarse la última semana de la campaña política. El martes ocho de febrero fueron clausurados, por su propietario don Otilio Ulate, los únicos periódicos que orientaban a la ciudadanía independiente: "La Hora" y "Diario de Costa Rica". En este último apareció a grandes titulares lo siguiente:

"Diario de Costa Rica" y "La Hora" suspenden indefinidamente su publicación. Hemos tomado esta determinación conscientes de la gravedad que ello entraña, pero seguros en nuestra convicción de que un periódico independiente no debe publicarse bajo un régimen como el que está viviendo el país. A partir de mañana los periódicos que publica la empresa editorial "Diario de Costa Rica" y "La Hora" suspenderán indefinidamente su publicación. No volverán a aparecer mientras no sean restauradas las libertades públicas. Ante la

conciencia del país es ya evidente que se ha entrado en un régimen dictatorial, en el cual el ejercicio de la autoridad lo comparte el Partido Comunista; y nuestra convicción es que un periódico independiente no debe publicarse en tales condiciones."

Con la suspensión de estos periódicos el pueblo quedó, como si dijéramos a oscuras. No teníamos más información orientadora que la que nos proporcionaba la estación de radio de don Rafael Sotela, desde la cual también valientes ciudadanos emprendían ataques al Gobierno, y santas y confiadas mujeres le pedían al Presidente libertad electoral y neutralidad.

Mientras tanto, prominentes hombres que militaban en las filas de la oposición le pedían al ilustre expresidente Jiménez Oreamuno, Benemérito de la Patria, un sacrificio más en nombre de las instituciones republicanas. Todavía el pueblo no se cansaba de esperar, todavía alentaba en su corazón una esperanza. Toda la ciudadanía, escarnecida y humillada, quería oír la protesta de ese viejo león, de ronca y temblorosa voz, porque quien había protestado públicamente de la Reforma Electoral un 13 de mayo, no podía callar esta vez a mayor abundamiento de razones.

Y el largo silencio de don Ricardo al fin se rompió...

Transcurriendo las horas y los días largos e interminables, don Ricardo al fin rompió su mutismo. Mas no fueron sus palabras como la temática y diáfana de un sol de verano. ¡No! Sus palabras tenían la opacidad de un viejo resentimiento que el tiempo no había podido desvanecer, ni él tampoco perdonar en nombre de la patria. La más profunda emoción de tristeza produjo en el ánimo de los costarricenses el reportaje de don Ricardo.

He aquí unas pocas palabras de las que don Ricardo dijo en ese reportaje memorable:

"El señor Presidente de la República al no entregar armas a los partidos políticos y decir que mantendría el orden con sus policías y sus soldados, hizo bien. No es que yo esté comido de egoísmo, como ahora se dice, y que me silencie cuando las cosas no pueden resolverse en mi provecho. Hace meses el Presidente Calderón hizo llegar a mí la insinuación de que podría hacerle un bien a la idea de la unidad nacional, aceptando una candidatura; que en esa idea estaban de acuerdo don Teodoro Picado y don Manuel Mora con sus partidos y que el Jefe del Estado se cruzaría de brazos y que particularmente lo varía con simpatía. Yo me negué a aceptar esa posibilidad, me hice a un lado y señalé a un ciudadano que me parecía digno y honesto para realizar esa unión: don Jorge Hine. Entiendo que aceptado ese nombre por los demás no lo fue por don León Cortés. No soy el egoísta y ambicioso que se dice, y en cuanto se refiere al señor Cortés nada tengo que cobrarle, nunca he pensado, ni ahora lo pienso, hacerle pleito por lo de 1939 ni por nada. Pero de eso a ayudar al señor Cortés hay una gran diferencia. ¿Con qué cara me podría presentar delante de mis amigos, los ricardistas que hace cuatro años recibieron el flagelo de los policías del Gobierno de entonces?"

¿Cuál era la opinión política de don Ricardo Jiménez en vísperas de la Manifestación Cortesista del 6 de febrero?

Unos días antes de la manifestación cortesista del 6 de febrero y con el objeto de saber exactamente el pensamiento de don Ricardo en relación con la política, fue a visitarlo a su finca en el Pacífico el caballero cartaginés don Reinaldo Guzmán, cuya buena amistad con don Ricardo era bien conocida. Don Ricardo recibió al señor Guzmán con su acostumbrada afabilidad; mas mostrándose extrañado por su visita, agregó:

-¿Y qué asuntos le traen por estos sitios, mi buen amigo Guzmán?

-Mi viaje es para Puntarenas en donde espero tener unos días de descanso, pero no podía pasar frente a su casa sin venir a saludarlo.

-Gracias; pero ¿qué noticias hay de política? - volvió a interpelar don Ricardo.

-Pues la de que el Gobierno sigue maltratando al pueblo. Obstaculiza por todos los medios al Cortesismo, y ni aun la seguridad individual existe ya. Vea usted el caso de don Alberto Morúa a quien por gritar un ¡Viva León Cortés!, provocado por unos comunistas, el propio Comandante de Plaza y unos policiales le dieron de cintarazos, al extremo de dejarlo gravemente herido. La ciudadanía está indignada con estos atropellos; sin embargo, tenemos esperanza de que pronto será otra cosa.

-No lo piense, amigo - replicó don Ricardo -. El triunfo en las elecciones será del Gobierno, que tiene todos los medios a su alcance: dinero, radio, medios de locomoción, todo. Ninguna democracia ha sido tan admirada como la de Holanda, y sin embargo, ¿de qué le valieron todas sus leyes cuando el poder militar de los alemanes la arrasó, como si por sobre ella hubiera pasado una aplanadora? Así pasará aquí.

-Pero eso no es posible, don Ricardo. Eso no puede suceder aquí. El pueblo se levantará y no permitirá semejante atropello. Usted, don Ricardo, no debe abandonarnos. Usted debe hablarle al pueblo.

-¡Ah! -, exclamó don Ricardo. - Cuando Ricardo Jiménez necesitó del pueblo y del capital nadie llegó, y ahora que el capital y el pueblo necesitan de Ricardo Jiménez quieren que Ricardo Jiménez los vaya a salvar... Yo no me presto para eso.

Y esquivando ese rudo golpe que las palabras de don Ricardo produjeron en el visitante, la conversación se deslizó entonces por otros campos menos mustios, pero que no por más serenos dejaban ya de tener un acre saber y un mal recuerdo.

El 4 de julio.

Otros de los acontecimientos bochornosos que había que agregar como un eslabón a la larga cadena de ignominia y de ludibrio del Cristiano Gobierno de

Calderón Guardia, es el famoso 4 de julio de 1942. A esa fecha nos remontaremos, ya que se nos estaba olvidando.

Al amanecer del 4 de julio un submarino enemigo hundió en la rada de Puerto Limón el barco norteamericano "San Pablo", muriendo varios costarricenses. Por este motivo se produjeron manifestaciones en San José y Cartago, dirigidas por el comunismo. Los manifestantes se reunieron y luego fueron pronunciados discursos exaltados. Al desfilar quebraron a pedradas las ventanas de muchos establecimientos comerciales y de casas particulares de súbditos del eje, y de aquellos a quienes los comunistas se les ocurría creer que simpatizaban con la causa totalitaria. En San José no solamente quebraron las ventanas sino que no faltaron también quienes asaltaron las casas de comercio ya dichas, llevándose una gran cantidad de mercaderías. En un discurso que el líder Mora pronunció frente a la Casa Presidencial pidió armas al Gobierno. "Pedimos armas y pedimos que se limpien las esferas oficiales de traidores". El Doctor Calderón Guardia contestó: "Esta hermosa manifestación me satisface profundamente; no me temblará la mano para tomar las medidas que falten". La policía, que impávidamente y con los brazos inactivos había dejado cometer los actos arriba citados, se vio al fin obligada a recurrir a sus armas retirando a los manifestantes a fuerza de cintarazos y tiros al aire.

En Cartago fueron varios los establecimientos vejados por el populacho. El mío entre ellos. Los comunistas habían encontrado en mí a un enemigo de las democracias. Quiero a este respecto hacer una pequeña historia de mi actuación como agente de "Diario de Costa Rica", pues en esta labor de recibir noticias fue en donde ellos, según se desprende de sus imputaciones, encontraron al enemigo de las democracias (?).

Desde el año 1930, en que me hice cargo de la Agencia del "Diario de Costa Rica" en esta ciudad quise darle importancia a la oficina donde prestaba mis servicios al público, y así, en el transcurso del tiempo, sin escatimar ni tiempo ni dinero, fue convirtiéndose en una importante oficina de información. Constantemente daba al público, en las pizarras, las principales noticias mundiales y estaba siempre atento también a servir las de primero antes que las ofrecieran otras agencias. No tengo por qué guardar modestias en cuanto a manifestar que en ninguna provincia ningún agente ha hecho lo que hice yo. En forma desinteresada servía las noticias de eventos deportivos, de acontecimientos sensacionales y me preocupaba, en general, en servir, sin buscar nunca el beneficio económico, ni el elogio, ni el estímulo, y si esto nunca lo pensaba encontrar, menos aún el avasallamiento de nadie.

El 1º de septiembre de 1939 estalló la guerra europea con la invasión de Polonia por los alemanes. La noticia de semejante acontecimiento causó un mar de nerviosismo que se desbordó por todas partes. En esta ciudad mi pequeña oficina creó mayor importancia. Fue centro de constantes visitas de personas de todas las edades y clases sociales. Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania ¿Quién iba a figurarse en ese entonces, que la guerra se iba a tornar en una guerra ideológica de repercusión universal? Inglaterra envió sus diplomáticos a Rusia a fin de atraerla a una alianza común con Francia, y Rusia despreciando las propuestas de los ingleses, firmó un

pacto de no agresión con Alemania. Entonces los comunistas de Costa Rica - como seguramente también los de otros países - tronaban contra los imperios y contra las "podridas democracias". Mas cuando Alemania rompió violentamente su compromiso e invadió a Rusia, las democracias entonces tuvieron nuevos líderes, los que otrora habían sido sus enemigos. Pues bien, Rusia accedió entonces a firmar un pacto de alianza con Inglaterra y Francia.

Al frente de mi oficina de información en esta ciudad daba todas las noticias, es decir, las de mayor importancia. Al detallar la invasión de Rusia, ilustrándola con mapas del frente de guerra, los fanáticos comunistas me situaron en un terreno ideológico distinto al que mi conciencia me ha dictado y me dicta. Refrenaron su rencor hasta que tuvieron la oportunidad de desahogarse quebrando las ventanas de mi negocio el 4 de julio de 1942.

Después, uno de esos fanáticos lanzaba la acusación pública, desde las columnas del semanario Trabajo, de que yo tenía unos altoparlantes y que los había quitado cuando los rusos reaccionaban en Stalingrado; que esa era prueba palpable de mi ideología contraria a la demócrata. Confieso que en aquel entonces enmudecí de cólera. No por quien preguntaba, sino por el público decente, debí haber contestado. No eran unos altoparlantes simplemente. Era algo más que eso: un amplificador con su micrófono y sus dos altoparlantes, que habiéndome costado más de dos mil colones, los había pedido para ponerlos, sin costo alguno, al servicio de la campaña política de don Ricardo Jiménez. Cuando don Manuel Mora se alió con don Ricardo Jiménez en contra de la candidatura del Doctor Calderón Guardia, ese micrófono y esos altoparlantes le sirvieron al líder Mora para llevar la palabra a los cartagineses. Terminada tan prematuramente la última campaña política del Lic. Jiménez Oreámuno, debido a los graves errores cometidos por el entonces Presidente de la República Lic. Don León Cortés Castro, usé el ya mencionado aparato para la radiodifusión de noticias al público hasta tanto no encontrara comprador. En mayo de 1942 el señor Rafael Hine, propietario de la estación "Radio El Mundo", compró el dicho aparato. Claro que para hacer este negocio yo no solicité autorización o permiso a ningún particular. Era un objeto de mi propiedad, salvo que no lo fuera así en el sentido ideológico de otros.

Lo que Calderón Guardia y sus secuaces llamaron "elecciones"

La víspera de las "elecciones" el Jefe de Acción del Partido Cortesista en la ciudad de Cartago convocó a una reunión a todos los que íbamos a actuar como fiscales en los distintos lugares de la provincia. Fue el objeto de su llamado dar las últimas instrucciones relacionadas con el cargo que íbamos a desempeñar y el de advertirnos los sinsabores que experimentaríamos, pues ya se rumoraba que el adversario estaba dispuesto a cometer toda clase de fraudes. Fue recomendación del Jefe vigilar y proceder dentro de la ley con toda energía.

Los fiscales fuimos como la retina, como el nervio óptico que captó todo el conjunto de imágenes de aquel acontecimiento que el "cristiano", beatífico e imponderable Calderón Guardia llamó "elecciones" inmaculadas y libérrimas. Los fiscales podemos decir lo que vimos por dentro del recinto electoral y contándolo elevaremos la gloria de ese gobierno "democrático" que vivió Costa Rica cuatro largos años y del cual no tiene precedentes la historia nacional.

Hablo ahora como fiscal, como testigo presencial de lo que vi y oí el 13 de febrero de 1944.

Habiéndoseme señalado la mesa número 3 de la villa de Paraíso, a muy temprana hora de la mañana me trasladé a aquel lugar. Las mesas estaban instaladas como es costumbre ya en el país, en el edificio de la escuela. En la puerta principal de dicho edificio se destacaba hacia un lado un gran "Viva Picado", y hacia el otro había una papeleta en la cual se indicaba el lugar en donde, según los picadistas, había que pegar el timbre electoral.

Los miembros de las mesas entraron un cuarto de hora antes de las seis de la mañana y pocos minutos antes de la misma hora se nos permitió entrar a los fiscales del Partido Demócrata. Después de mostrar la tarjeta que me identificaba como fiscal, principié a cerciorarme si todo estaba conforme a la ley, notando primeramente que no estaban las listas de los ciudadanos que deberían votar en esa mesa. Quien iba a fungir como Presidente de la mesa - un tal Chaves, cuyo nombre si mal no recuerdo es Manuel - nos indicó en forma autoritaria el lugar que correspondía a los fiscales: a un extremo propiamente del salón, desde donde lamentablemente nada podíamos apreciar los que con el carácter de fiscales estábamos allí. Yo pretendí correr el pupitre hasta una distancia apropiada, pero se opuso a ello el tal Chaves, ayudado en sus argucias por el fiscal picadista. Frente a la mesa, y muy cerca, estaban situados los pupitres de los escribientes y tanto el Vicepresidente como el Secretario se mantenían la mayor parte del tiempo entre la mesa y los escribientes, de pie, cubriendo ciertos movimientos sospechosos de Chaves con la papelería. Iniciada la votación los sufragantes entraban desordenadamente, a veces haciendo grupos de tres y cuatro individuos frente a la mesa. El Vicepresidente, señor José Araya, persona ya mayor, era el que se encargaba de recibir las cédulas de los sufragantes y con voz apagada pronunciaba los nombres que difícilmente podían oír las mismas escribientes que estaban al lado suyo, de modo que yo, que estaba en el extremo del aula, tenía que pedir a cada momento que repitiera el nombre del sufragante para

llevar bien mi registro. Estoy convencido de que eso de la voz apagada y lastimera del señor Araya era nada más que una simulación a fin de sabotear mi trabajo.

Escasas dos horas habían transcurrido cuando noté que un individuo que salía de votar había estado poco antes depositando su voto y ante la idea de una confusión guardé silencio, pero me mantuve en una más estricta vigilancia. Votaban algunas otras personas cuando de repente irrumpía en la sala, solicitando la papeleta el mismo individuo que momentos antes había estado por dos veces. Mientras yo protestaba de ese voto fraudulento y denunciaba al tal individuo, la mesa le entregaba la papeleta y él, casi públicamente, adhería el timbre y depositaba el voto. El presidente manifestó que no, que este señor no había llegado antes, y el fiscal picadista intervenía para hacerme creer que se trataba de tres hermanos muy parecidos y que seguramente yo estaba creyendo que era el mismo... Pedí entonces al votante que me firmara el registro con el objeto de comparar luego su firma con la que debía tener su cédula electoral, pero se negó. - Si usted no quiere firmar, déme su nombre. - Mi nombre es Abel Martínez, - fue la contestación del interrogado. Luego pedí al Presidente que me mostrara la cédula de Martínez, pero como era imposible que me la encontrara, manifestó: "No podemos perder tiempo", y ordenó que siguiera la votación.

Comprendí lo que iba a seguir en el resto del día y que mi papel de fiscal se convertía, ante la intransigencia y la imposición, en el papel de un simple espectador. Mi deseo inmediato fue poner este asunto en conocimiento de mi jefe y anhelaba que el fiscal ambulante pasara por allí para denunciar estas irregularidades. Estaba en estas conjeturas y deseos, cuando vi que el policial de la puerta votaba por segunda vez. El secretario, que se encargaba de doblar papeletas, salía constantemente del recinto electoral, al parecer en mandados dudosos del Presidente de la mesa. Y así, con ciertas alternativas poco agradables, llegó el medio día. Salí a respirar aire y después a buscar a mi gente. Quería saber también si ante tal situación era conveniente la presencia de los Fiscales. Pude enterarme afuera de que el Fiscal ambulante, don Guillermo Sojo, había sido apresado sin motivo a muy tempranas horas de la mañana y que uno de los otros dos fiscales cortesistas había abandonado la mesa muy temprano, también en vista de los desafueros picado-comunistas. Olvidaba decir que a eso de las 10 de la mañana se presentó a votar a mi mesa una fila como de siete u ocho comunistas que conozco de vista, pero cuyos nombres ignoro, portando cédulas falsas. Vi también a un nicaragüense de apellidos Navas Barrasa votando con una cédula que no le pertenecía.

Cuando yo regresé a mi mesa, indeciso aún de mantenerme allí o irme, me advirtió Chaves que no me podría aceptar una segunda vez que yo saliera. Sin intentar provocar discusiones tomé mi registro y salí. En la calle encontré a mi compañero, el otro fiscal cortesista, que temprano había salido de la mesa y con él hice el registro a Cartago tomando la vía férrea, pues no había automóviles que hicieran servicio. Cuando llegamos impusimos al señor Volio de todo lo ocurrido, pero al parecer era la primera mala noticia que recibía el Jefe del Partido en Cartago. Nos indicó que creía conveniente que regresáremos de nuevo y permaneciésemos allí hasta que se cerraran las

votaciones. Soldados de una causa estábamos dispuestos a luchar y a obedecer. Un automóvil del Partido nos llevó de nuevo a Paraíso. Fue grande mi asombro cuando entré a mi mesa en el recinto electoral. Al centro del aula sobre varios pupitres previamente unidos vi distribuidas papeletas y cédulas. ¿Qué otros papeles podían ser si no los que menciono? Alrededor de los pupitres estaban los miembros de la mesa y otros individuos que no conocí. De pie y guardando vigilancia a su alrededor vi varios policiales de uniforme azul y soldados de uniforme kaky, y tanto unos como otros portaban sendos machetes y fusiles. Al centro de todo aquel grupo de personas el Director de la escuela parecía instruir a los absortos presentes. ¿Estaría el maestro, mentor de juventudes, amonestando a quienes trataban de imponer su criterio por la fuerza del fraude? ¿Estaría el maestro reconviendo a aquellos malvados para que se ajustasen a la ley y a un procedimiento honorable? El comunista Lobo, que hacía vigilancia en el corredor interior de la Escuela, revólver al cinto, dio aviso de mi presencia a alguien que estaba junto al Presidente y ese advirtióle en voz baja y sin alzar la vista: Ahí está Villanueva! Chaves se puso de pie, se dirigió hacia mí y me preguntó qué quería. Le manifesté que en mi calidad de fiscal quería seguir observando las "Elecciones". Alzó la visita para ver al comunista que le había notificado de mi presencia y el cual se encontraba detrás de mí, y al igual de quien espera la contestación a una pregunta, guardó una pausa. No, dijo al fin; no podemos permitir su presencia. No hice objeciones porque vi que toda insistencia sería en vano. Abandoné el lugar, tomé el carro que pocos momentos antes me había llevado allí y regresé de nuevo a informar de todo lo que había visto en tan corto tiempo.

Regresé a mi casa intranquilo, con el dolor inefable del que desea luchar por el ideal de una causa, e inerme sólo encuentra el precipicio de lo imposible.

Eran las tres de la tarde. El Doctor Ortiz tocó a la puerta de mi casa. Me traía la nueva de que un telegrama que se le había puesto al señor Presidente de la República en protesta por lo ocurrido en mi mesa, había sido contestado. El texto de la contestación no lo recuerdo exactamente, pero era una promesa, - una más de esas, las promesas clásicas del Dr. Calderón Guardia: "He ordenado que se investiguen los hechos para que no se repitan más". Este era, más o menos, el texto del famoso telegrama. Ingenuamente confiados en las palabras presidenciales, se creyó conveniente que yo volviera a mi puesto. Así lo hice. Volví por tercera vez a la ciudad cuna del señor Picado, pero no entré de inmediato al recinto de las votaciones porque habiéndome encontrado con uno de los dirigentes del Partido en aquel lugar, don Ramón Alvarado, nos dispusimos a observar por unos instantes lo que estaba ocurriendo afuera. Un camión de carga, que venía desde Naranjo, se paró hacia la media cuadra y de él descendieron, entre otros, dos muchachos menores de edad, los cuales corrieron hacia un grupo de personas, al parecer la madre y otros familiares que los esperaban, y con los brazos abiertos, agitándolos como una bandera, exclamaban: "¡voté ocho veces!", "¡voté diez veces!", y, ¡oh extraño civismo!, la madre reía ante la hazaña de sus hijos.

Entramos al recinto. El movimiento era ya escaso. Me dirigí a Chaves preguntándole si recibió alguna comunicación del Presidente, Manifestándome que no. Le mostré el telegrama que portaba y luego tomé lugar como

"observador" junto a uno de los policiales situados a la puerta. Entonces vi cómo un grupo de individuos votaban más de una vez sin salir del recinto, y esto se explica porque posiblemente esos sufragantes llevaban en sus bolsillos más de una cédula y habiendo perdido todo temor, toda preocupación y vergüenza ni siquiera salían del local de votación. Llegó al fin la hora de abrir la alcancía. Todos se agruparon frente a ella y como yo ya nada veía opté también por ponerme de pie y acercarme. Chaves que no me perdía de vista - porque seguramente para éste yo era un bandido y él un hombre honrado - me manifestó autoritariamente, como era su costumbre, que volviera a mi lugar porque yo no tenía derecho de tomar parte en las "deliberaciones de la mesa". "¡Deliberaciones...! Ni están ustedes en deliberaciones ni estoy yo tomando parte en nada. Soy un simple observador" - le contesté. Pero Chaves insistía en que volviera a mi lugar, por lo que tuve que abandonar definitivamente aquella "guardia".

Permanecí sin embargo en los corredores de la Escuela tanto porque estaba prohibida la salida como porque quería saber el resultado del "asalto electoral". Los elementos dirigentes del Picadismo, los hijos de algunos de ellos que en el día no se habían separado del lugar ponían caras plácidas, mientras tanto algunos miembros de las mesas pasados de licor ponían a flor de labio su risa sarcástica y burlona aún en espera del resultado que por lo visto tenía que serles favorable. Alguno de los dirigentes del Picadismo, cuyo nombre me reservo en honor a una amistad pasada, se acercó a saludarme y a decirme que la política era una cosa y la amistad otra, y haciendo gala de bondad me ofreció su carro para trasladarme a Cartago. "Le agradezco, señor XX, pero creo que afuera me está esperando un carro para lo mismo", tal fue mi única respuesta. En realidad, don Rubén Morúa, copartidario y amigo, me había ofrecido su carro desde temprana hora y había llegado en la noche a cumplir su promesa. De no haber llegado alguno de mis copartidarios el viaje de regreso lo hubiera realizado a pie, porque yo no concibo el disimulo bochornoso hacia una falta a la majestad de la Patria y a una burla de los derechos del pueblo.

El regreso. Primeras noticias del resultado electoral.

A las siete y media de la noche regresábamos a la ciudad. Las calles encontrábanse casi desiertas. Parecía que todas se habían reconcentrado en sus casas para oír las noticias. A juzgar por lo que algunos partidarios nos manifestaron, el asalto había sido general, lo que era posible, pero sí difícil de creerlo. Llegué a mi casa directamente a oír las noticias. Muchas personas se habían reunido allí atentas al radio, y de inmediato noté en el semblante de todos ellos un grave disgusto. "¿Qué pasa? -pregunté- ¿cómo va la votación?". En ese instante el locutor anunciaba los totales hasta ese momento: "Picadistas 7.500; Cortesistas 2.300". Más tarde dijeron: "Datos de Oreamundo de Cartago: Picadistas 700, Cortesistas 15". En Oreamundo de Cartago, era bien sabido de toda la provincia, había 15 picadistas cuyos nombres los conocían todos los cartagineses. Era uno de los lugares en donde el cortesismo estaba en una mayoría abrumadora. "Están dando los datos a la inversa", arguyó uno de mis amigos. Y en verdad. Con todo y los fraudes que estos inescrupulosos políticos cometieron en las mesas, cuando el resultado les era adverso, invertían las cantidades y le daban la mayoría a su candidato

el señor Picado. El locutor y los demás encargados de estas noticias las daban en medio del cinismo de sus carcajadas, como si quienes hubiesen estado transmitiendo tales mentiras lo hubiesen hecho bajo estado alcohólico o de depravación mental que no tiene calificativo.

Entrar a hacer reminiscencias de lo que ocurrió en aquella fecha nefasta para Costa Rica, y traer uno a uno todos los actos inauditos de que hicieron ostentación indecorosa los amos del Poder, los acólitos endiosados de la oligarquía y los cuervos del círculo pútrido, afanosos del mendrugo de pan incostable, estaría quizá por demás. Cada costarricense independiente y honrado, hoy sin distinción de color político, fue testigo de aquella hecatombe moral. En vano es isla maldita, en hacer aparecer las elecciones del 13 como immaculadas y libérrimas; con ello no hacen sino exponer de cuerpo entero su efigie macabra de traidores y mendaces.

Quien por estar ausente de la Patria hubiera ignorado los hechos que hemos relatado, al contárselos, seguro estoy, no los creería; si acaso los imaginaría como hechos aislados de fraudes, aquí y allá. Quizá los juzgaría cometidos por las clases humildes, por aquellos alejados de la sociedad, que no tienen cabal noción de su responsabilidad moral ni escrúpulos en sus actuaciones de ciudadanos. Pero ¿qué diría y qué sentiría si los hubiera palpado como sí los palpó la gran mayoría de los costarricenses?

¿Es que acaso no produce estupor pensar en el pulcro abolengo de aquel ciudadano que votó con falso nombre portando la cédula de Gonzalo Volio Vásquez? Cuando el fiscal del Partido Cortesista sorprendió a este señor, que iba a votar con una cédula que no le pertenecía, en un lugar en donde tampoco le correspondía votar, le dijo: "Usted no es don Gonzalo Volio V. y a usted le corresponde votar en el centro". -"Si señor", contestó fría y resueltamente el interpelado, "en este momento soy Gonzalo Volio Vásquez".

¿No habrá de darnos conmiseración y dolor profundo, el recordar a quienes se encargaban en las bodegas de la Municipalidad de corromper al pueblo dándole licor hasta hartarlo para luego llevarlo de mesa en mes de votación, como a un dócil rebaño?

¿Y qué diremos de aquellos venerables señores, jóvenes y viejos, hijos de la rancia sociedad costarricense, que se llenaron las bolsas con cédulas falsas para repartirlas entre el sector campesinado, embrutecido por el licor y engañado por falsas promesas?

Y sé que cuando en noble y buena lid el adversario conquista la victoria nunca es para el vencido una deshonra la derrota. Allí está en los Estados Unidos de Norte América, Dewey, sonriente, estrechándole la mano a Roosevelt después de las elecciones. Lo que no tiene nombre, por lo execrable, es la consumación de hechos delictuosos que se quedan impunes tras los harapos escandalizantes de un falso triunfo. Es la contemplación de actitudes nefastas y sombrías de nuestros hombres, ayer egregios ciudadanos, ante quienes el pueblo inclinaba la cerviz, humilde y respetuoso. ¡Oh! Los falsos ídolos enhiestos en el pensamiento ingenuo de los ciudadanos... ¡Oh! Las fuentes

miríficas en donde bebía la masa pueblerina el agua espiritual y santa del sagrado ejemplo...

Cuando pienso en este pobre pueblo engañado y vilipendiado, pienso también en los fementidos ídolos de otrora, y sorprendido pareciera que la tierra temblara y rugiera al grito de una indignación suprema: ¡BANDIDOS!

La Gesta Heroica de los Campesinos de Llano Grande

Los hechos imborrables, que someramente hemos dejado apuntados y que dan idea clara del límite de inmoralidad política a que llegó el país el 13 de febrero de 1944, habían de tener en alguna parte de esta ultrajada Patria la protesta viril de sus hijos, convertida en acción y en sangre. Es necesario que los costarricenses conozcan la gesta gloriosa de los campesinos de Llano Grande. Que el heorísmo de estos no lo olvide nadie y que, por el contrario sea, minuto a minuto, como un campanazo de libertad en el espacio infinito de la historia y de los siglos.

La primera noticia de los sucesos que precedieron a la gesta heroica de los campesinos de Llano Grande. -El telefonema que puso en movimiento el cuartel general del Cortesismo en Cartago.

A las dos y media de la tarde del 13 de febrero se presentó intempestivamente en casa del Ingeniero don Alfredo Volio, Jefe del Cortesismo en la provincia de Cartago, el Lic. don Luis Calvo Gómez al parecer con una noticia de gran importancia. Ausente en ese momento el señor Volio, varios dirigentes del Partido, que allí se encontraban, atendieron con interés la visita del Lic. Calvo, quien había sido nombrado fiscal ambulante de los distritos del Norte de la ciudad. El Lic. Calvo manifestó que desde muy temprana hora de la mañana se había dirigido a Pacayas, luego a Cervantes, Capellades, Cot, Potrero Cerrado y Tierra Blanca, notando que en todos estos lugares las elecciones se verificaban normalmente. Aproximadamente a las 10:30 de la mañana regresó a Potrero Cerrado en donde, atendiendo a la invitación de un amigo, se había dispuesto a almorzar. Al hacer luego la inspección por el lugar, fue avisado por unos copartidarios de que acababa de salir un camión con gente de la que había votado allí fraudulentamente; que el camión se había dirigido ahora a Tierra Blanca o a Llano Grande. Ante tal noticia, el Lic Calvo aceleró la marcha de su carro y al llegar a Tierra Blanca pudo cerciorarse de que allí no habían podido votar porque el pueblo, terminantemente, se había dispuesto a impedir aquel atropello. Lo mismo había ocurrido en Cot en donde el pueblo varonilmente, para impedir la imposición comunista, se había visto obligado a recurrir a la violencia, y evitar así ser atropellado. El camión, pues, había seguido hacia Llano Grande; cuando llegaba a la escuela y la gente principiaba a bajar, el fiscal cortesista también llegaba después de angustiosa y peligrosísima carrera. Sin perder tiempo impuso a los dirigentes cortesistas locales de lo que aquella gente pretendía hacer y lo que ya habían hecho en las mesas de Potrero Cerrado. «Cuando el sicario oficial, al mando de quien iba el camión, falló en sus pretensiones y cuando después llegó el Mayor Brenes a tratar de imponer su voluntad, yo les manifesté enfáticamente que no fueran a cometer ningún atropello con el pueblo; que era una insensatez lo que ellos pretendían y que cualquier violencia que cometieran les pesaría después». Tal cosa decía el Lic Calvo, y preocupado por estos acontecimientos y deseando ponerlos en conocimiento de sus jefes, había regresado a la ciudad, siendo interferido por las autoridades cuando se disponía a salir. El viaje lo efectuó siempre, pero a pie hasta el cruce de Tierra Blanca, en donde se encontró un

copartidario y amigo suyo que lo trajo en motocicleta a Cartago. Cuando el Lic. Calvo Gómez narraba estos acontecimientos fue interrumpida su conversación por una llamada telefónica. Una persona, cuyo nombre no se reveló, anunciaba sorpresivamente que acababa de ocurrir un tiroteo en Llano Grande, con un saldo lamentable de muertos y heridos.

Hacia Llano Grande. Grave incidente entre el Lic. Calvo Gómez y el Mayor Brenes. Un policía apuntando al Lic. Calvo, grita: «Hay que darle el tiro de gracia a este canalla».

El Dr. don Jorge Ortiz Martín que en ese momento, tres de la tarde, se preparaba a salir en importante misión a Paraíso, al tener noticia de lo anterior se dirigió inmediatamente hacia Llano Grande a prestar sus servicios. Acompañaban al Dr. Ortiz don Federico Monge y el Lic. don Luis Calvo Gómez. Cuando el carro en que viajaban había llegado a la finca de Montes de Oca, situada más allá de Tierra Blanca, se encontraron con un camión de carga, marcado con una Cruz Roja, el que tría tendido a un hombre manando sangre, y a su alrededor gendarmería. Encontrando la oportunidad de prestar servicios se devolvieron, haciendo sonar el *clauson* del carro repetidamente hasta que al fin fueron oídos y el camión paró. Bajar del carro el Lic. Calvo Gómez y del camión el Mayor Brenes, fueron dos hechos a un mismo tiempo. Brenes, al reconocer en el Lic. Calvo Gómez al fiscal cortesista que horas antes había estado en Llano Grande, lo increpó violentamente, puso el rifle a la altura del hombro y accionó el «gatillo» sin que disparara milagrosamente, o bien porque estuviese descargado, y sin dar tiempo a la contestación de sus procacidades, le obligó a subir al camión en calidad de preso. En este momento se paró junto a ellos un camión con refuerzos militares que iba hacia Llano Grande al mando de otro sicario gobiernista. «Este es» le gritó Brenes al sicario. «Este es el provocador de las hechos». Aquel y sus subalternos bajaron del camión en el preciso instante en que los miembros de la Cruz Roja de Cartago llegaban al lugar de los acontecimientos. Uno de sus miembros, Fray Egidio, fue el primero en subir al camión a prestar servicio, pero la gendarmería le pidió que bajara, en tanto que apuntaban al Lic. Calvo. El militar subió al camión y le propinó un *culatazo* en la espalda a la altura de los riñones, que lo obligó a lanzar un quejido. Un policial, cuyo nombre nos fue imposible conocer, pretendiendo congraciarse con sus jefes, dijo en voz alta y empuñando su revólver: «Hay que darle el tiro de gracia a este canalla».

Pero una enfermera, ágil, humana y noble, subió al camión y colocándose en cruz frente al Lic. Calvo gritó a la gendarmería: «Primero me matan a mí». Entonces Brenes le contestó a la señorita enfermera que bajara, que ese lugar no le correspondía a ella. «Estoy amparando a un herido; el Lic. Calvo lo está y se va conmigo, y Ud que también está herido debe venir con nosotros»- le replicó altivamente la señorita enfermera. Como Brenes hiciera demostraciones de estar ileso, ella le tocó la frente y le mostró sangre. «Usted se viene con nosotros». Luego tomó al Lic. Calvo por un brazo y lo trasladó del camión a la ambulancia. Brenes tomó asiento no con miras a que lo curasen sino con el deseo de vigilar a Calvo. Al llegar a la esquina de la cafetería *La Nacional*, ya en la ciudad, le gritó Brenes al chofer: «Siga para el cuartel». La señorita enfermera intervino diciendo: «La ambulancia viene bajo mis órdenes; sigamos

hacia la Cruz Roja». El chofer, señor Díaz, obedeció las órdenes de la señorita enfermera y siguió hacia la Cruz Roja instalada contiguo a la Botica Central. Allí fueron atendidos los dos primeros heridos por los doctores don Fernando Garzona y don Jorge Sáenz.

Abrimos ahora un espacio para colocar en marco de oro el nombre de la señorita Lilia Calleja Moya, que fue la enfermera desinteresada y activa que prestó sus servicios en aquel infortunado día.

Volvamos ahora al sitio en que las ambulancias de la Cruz Roja detuvieron su marcha y en donde una de ellas se devolvió con los heridos que ya hemos mencionado.

Seguía al carro de la ambulancia, en el que venían heridos el Lic. Calvo y el Mayor Brenes, el camión que traía gravemente herido a Ignacio Guzmán Ruiz. Este llegó directamente al Hospital Max Peralta, donde el médico de turno, señor Guzmán Centeno, le prodigó solícitos cuidados sin ningún resultado, pues pocas horas después expiraba a consecuencia de las graves heridas recibidas.

Las otras dos ambulancias siguieron hacia Llano Grande, integrando el personal de la Cruz Roja las siguientes personas: Fray Egidio, las enfermeras señoritas Berenice R. Villanueva y Angela Vaglio y los camilleros señores Franklin Davidson y Alfredo Sánchez.

En el pueblo todo era silencio. Las casas cerradas completamente y la soldadesca, dispersa por acá y por allá, dueña del campo, aún vigilaba nerviosamente. La primera impresión de los humanitarios visitantes fue la de que allí había ocurrido una verdadera batalla, a juzgar por la cantidad de piedras y palos que había en la calle. Bajaron de sus carros y cuando se acercaron al cuerpo inerte del gallardo Alberto Guzmán, que yacía en un charco de sangre, exclamaron con espanto: -¿Qué es esto, Dios mío?- El jefe de la soldadesca respondió, dándose por aludido, o como si el índice de un delito lo señalara culpable: -¡Ah!, eso fue entre ellos mismos...

Los miembros de la Cruz Roja que ya hemos citado, visitaron casa por casa, indagando por el paradero de los heridos, hasta que al fin pudieron dar con ellos y convencerlos de que necesitaban ser socorridos por la ciencia médica inmediatamente.

Todos ellos fueron traídos al Hospital Max Peralta, al cual ingresaron ya al anochecer. A la entrada del mismo se habían situado ya algunas autoridades de Cartago, las cuales, al reconocer entre los heridos a Abilio Aguilar se «desbocaron» en denuestos e imperdonables ultrajes.

Es posible que aquellos militares y ciertas autoridades que tal cosa hicieron hubieran estado pasados de licor, porque al caído si no se le tiende la mano por lo menos se le guarda conmisericordia. ¡Qué poco valor significa ultrajar públicamente al que no puede defenderse, y más aún, atacar en manada, como lobos! En el lecho de enfermo de Abilio colocaron a un policial para que

lo vigilara, pero cuanto militar y empleado del Gobierno entraba era para que le lanzaran graves ofensas e insultos. Abilio guardó siempre prudencia, y cuando ya estuvo bien, manos amigas lo sacaron, trasladándolo a un lugar seguro para evitar así que sus enemigos pasaran de las palabras a los hechos.

¿Pero supo alguien lo que propiamente ocurrió en Llano Grande? Seguramente que no. Heroicos hechos de niños, mujeres y hombres que no pueden quedar olvidados y que son como las notas de un himno cívico en la historia patria.

Este es el motivo que me ha impulsado a escribir este pequeño folleto. El fondo patriótico que me sirvió de impulso, habrá de eclipsar la forma poco lúcida en que se ha escrito.

Llano Grande

El pueblo de Llano Grande es, al norte, el más distante de la ciudad de Cartago. Por la carretera pavimentada hay que zigzaguear los cerros casi hasta las propias faldas del coloso Irazú. El pueblo, propiamente, está situado en un lugar que ni es llano ni es grande. Es "llano" por la sinceridad y buena fe de sus moradores y "grande" por su civismo. El nombre, es, pues, una derivación profética de sus antepasados, de aquellos que entraron de primeros a voltear la montaña y a sembrar los prados. Tiene, aproximadamente, unas cien casitas diseminadas a lo largo de la calle principal en un trecho de unas seiscientas varas. Cuenta con una magnífica plaza, con una pequeña pero bonita escuela y la iglesita es de sencilla y humilde construcción. La iglesita es un símbolo, porque allí, a la altura del poblado, pareciera que el cielo se uniera a la tierra por el angosto lazo blanco de una nube y, quien entra al lugar de los héroes, lo hace ya con la cabeza descubierta porque el cielo azul es allí como la cúpula de una gran iglesia en donde dos cosas se veneran: La imagen de Dios y el Alma de la Patria.

El exagente de policia

En el gobierno del doctor Calderón Guardia ocupó la Agencia de Policía Abilio Aguilar, pero el pueblo de Llano Grande nada tiene que resentir de las actuaciones de Abilio porque siempre fue correcto. Es moreno, grueso, alto. Diríase un roble joven al pie de la montaña. Franco, resuelto, tal es su carácter. Su voz, a veces entrecortada, trasluce la indignación vivida en las aciagas horas de ese día. Quizás por su ira a veces calla... Y continúa a poco su interesante narración. Cuando ésta termina hay como un rodar de maldiciones entre los presentes absortos y hay también el silencio que caracteriza la escena, como un ligero recordar de las caras criminalescas que detentaron, serenamente, sin escrúpulos, las libertades públicas. Y allí, donde cayeron exánimes Alberto Guzmán y Mercedes Rivera, allí nos hablan de lo mismo Rafael Quirós, Rafael Carvajal, Tista Sanabria, Lito Monge, Germán Barquero y Virginia Chacón. La tarde es clara. El sitio sagrado. A pesar de todo lo que se rememora, se habla con mesura y respeto. Ya hemos dicho que pareciera estarse dentro de una gran iglesia, en donde todo es solemnidad y respeto.

El fatídico 13

Madrugadora por costumbre la gente, a las seis de la mañana estaba de pie. La mesa electoral organizada ya no sin incidencias anteriores en cuanto a la integración de la directiva. Procedióse a la recepción de votos, sin sospechar de los planes fraudulentos que el enemigo político había preparado. Existía entre todos los ciudadanos del lugar, por imperativo de la lógica, un gran optimismo por la victoria del Partido Demócrata, con todo y que se presumía que algún "forro" habían de infiltrar. Pensar en una cosa extraordinaria no estuvo al alcance de nadie. Las primeras horas de la mañana transcurrieron normalmente. Los sufragantes se apretujaban frente a la escuela deseosos de depositar su voto, para luego retirarse tranquilamente a sus casas.

Dentro del recinto electoral actuaban como miembros de la mesa las siguientes personas: presidente: Bernabé Chacón, picadista; vicepresidente: Ismael González Méndez, cortesista; Secretario: Jorge Monge Fernández, cortesista; Fiscales: un tal Agüero, comunista y Adalberto Brenes, cortesista; suplentes: José Mercedes Guzmán Ortíz, cortesista; Rogelio Barquero Obando, picadista, y Manuel Vargas, picadista.

Las votaciones, decíamos, se efectuaban con normalidad, pero a las once en punto de la mañana llegaba un camión al pueblo con gente rara, que produjo intranquilidad en el pueblo. Eran "camaradas" en su mayor parte que andaban votando de pueblo en pueblo con cédulas falsas. Abilio Aguilar, que estaba a la entrada de la escuela se preguntó qué razones podrían existir para que llegaran a votar allí personas desconocidas en el pueblo. Pero la persona que jefaba esa gente se acercó a Abilio y le manifestó terminantemente que si él no les permitía votar sería apresado inmediatamente. "No, no lo permitiré y para que usted me lleve preso tiene que traer una orden de la Gobernación", replicó Abilio. "¡Aquí está!", dijo sacando una tarjeta. Abilio la examinó reconociendo que era una tarjeta de fiscal, volvió a replicar: "¡Con esto ni votarán aquí ni me llevarán preso...!" Mientras tanto la gente, se había aglomerado compactamente en presencia de aquella escena. Había indignación general. De pronto, Jesús Arias, un hijo del lugar porque allí estaba afincado desde hace muchos años, se colocó frente al jefe de aquella pandilla y ante la expectación general lo retó: "Yo sé a lo que vienen ustedes. A jugar con este pueblo sencillo, a tirar hipócritamente las cartas falsas. ¿Quiere que nos retiremos largo y revólver en mano nos tiremos frente a frente, como hombres?" "No, -dijo eludiendo el reto- yo no he venido aquí a matar a nadie".

Los camaradas volvieron a ocupar el camión y puesto este en marcha desapareció prontamente.

Había transcurrido más o menos una hora cuando otro camión llegó abriéndose paso a toques de "clauson". Eran en su mayor parte individuos armados de rifles y crucetas. El Mayor que los jefaba bajó y dirigiéndose al grupo que estaba frente a la escuela gritó: "¿Quién es aquí el Agente de Policía?" Abilio Aguilar, irguiéndose gallardamente y golpéandose el pecho contestó: "Yo soy el Agente de Policía." El Mayor, rifle en mano y en actitud amenazadora se dirigió hacia donde estaba Abilio y le dijo: "Tiene que darse preso y entregar las armas..."

El pueblo gritó, enfurecido, como a una sola voz: "No las entregue, nosotros lo apoyamos..." Abilio manifestó con serenidad que si traían una orden de la Gobernación él entregaba las armas y se daría preso. El Mayor continuaba en actitud amenazadora, pero hubo un instante oportuno en el que Abilio pudo llevarse la mano a la cintura y sacar el revólver. "Me entrego si trae una orden escrita, lo he dicho, y si quiere, puede disparar". El Mayor dio vuelta, conversó con sus subalternos y sin decir nada más subieron al camión y emprendieron la marcha hacia Cartago. El pueblo se había quedado en zozobra y en grupos comentaban lo sucedido.

Pocos minutos antes de la una de la tarde se abrió paso otro camión con individuos debidamente armados al mando del Jefe del Resguardo. Cuando todos hubieron descendido, aquel gritó: "¡fuego al aire...!", pero la gente lejos de intimidarse, creyó llegado el momento de su defensa personal y arremetió contra los militares con las armas primitivas que la naturaleza puso al alcance del hombre: palos y piedras. Había que echar a aquella gente criminal fuera de los linderos de Llano Grande, fue la resolución inquebrantable del pueblo. El Cabo Robles que en ese momento intentaba disparar su arma, fue derribado al suelo de un formidable golpe en la cabeza. Las granadas que usaban los campesinos pegaban acertadamente en el blanco y los militares retrocedían cada vez más. Las balas del gobierno silbaban cerca. Unos militares estaban situados detrás de la escuela y desde esos lugares hacían fuego. El pueblo compactamente se desbordaba con ímpetu sobre el enemigo agresor. Una bala hirió a Abilio en la mano derecha. Rafael Quirós estaba herido y en el ardor de la lucha lo había pasado inadvertido hasta que alguien le dijo que viera como tenía la camisa cubierta de sangre. Mujeres y niños juntaban piedras en sus delantales o en sus sombreros y las ponían a disposición de los hombres. La anciana Lucía Meza al ver que un muchacho iba a poner pies en polvorosa, lo amenazó diciéndole: "¡Si te vas, te mato..!", obligándolo así a seguir en la lucha. Virginia Chacón estaba también entre esa pléyade de mujeres resueltas, fiel exponente de las mujeres del 15 de mayo. Rosada, pequeña, menudita como las flores de rosa campesina. Está a la par de los hombres, allá, adelante, lanzándole piedras a los agresores para que no volvieran nunca a ultrajar la dignidad de los hombres de Llano Grande.

Cuando cayó el primer herido que fue Mercedes Rivera, Virginia estaba cerca y presurosa corrió hacia él. Por un momento creyó que era su padre, estaba desfigurado, y no logró reconocerlo, pero el caso era urgente, había que hacerle frente a aquella turba de malechores. El nombre de su padre lo tenía clavado en el corazón -¿sería su padre?- y esta pertinaz idea la hizo devolverse y reconocer lo que era ya un cadáver. Tenía los ojos nublados e improvisando una plegaria a la Virgen se acercó y pudo reconocer que no se trataba de su padre. Corrió entonces a reforzar y darle vigor a la gente y pudo ver que entre los hombres luchaban también, mano a mano, Claudia Quirós y Elodia Carvajal. Las tres mujeres estaban allí jugándose la misma suerte por un ideal común: ¡La Libertad!

En aquel torbellino de hombres que se defendían y que atacaban, surgió un terceto de hombres del pueblo que iban a la vanguardia de todos, empeñados en sacar a los detentadores del sufragio electoral.

Este grupo lo integraban Germán Barquero, Israel Aguilar (hermano de Abilio) y Alberto Guzmán. Cuando estos tres hombres estaban casi sobre el jefe militar, a quien intentaban desarmar, éste, que iba corriendo, se detuvo, apuntó el rifle y disparó. Guzmán cayó sin vida. La bala le había penetrado en la cabeza haciendo una terrible explosión. Rafael Quirós, que también se encontraba repeliendo el ultraje, resultó herido en un brazo. Elí Monge y Juan Bautista Sanabria también cayeron heridos gravemente. Y en la tarde cubierta de nubes y de humo de pólvora los sicarios desocuparon nuevamente Llano Grande. La refriega había terminado. Pero cuando en las mesas de votaciones de todo el país el candidato Picado "obtenía resonantes triunfos", en Llano Grande se izaba junto a la bandera de la Patria, el estandarte de la libertad y el resultado de las elecciones allí era el siguiente:

Picadistas: 15

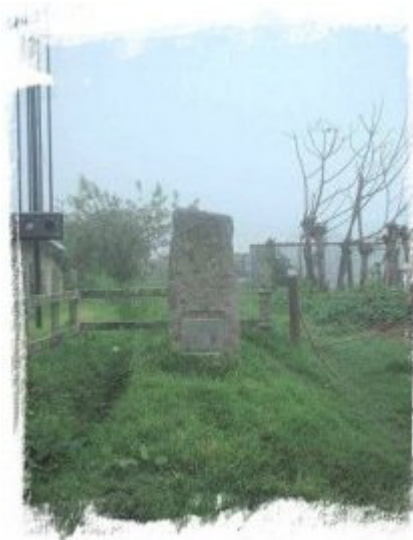
Cortesistas: 183.

Epílogo

El 18 de junio de 1944, cuarenta días después de haber ascendido al Poder el Lic. Don Teodoro Picado Michalsky, en la forma que ya hemos dejado relatada, la ciudadanía libre e independiente organizó un grandioso desfile hacia Llano Grande para inaugurar allí un monumento levantado a la memoria de los campesinos que murieron en la jornada del 13 de Febrero y para enaltecer, además, el civismo del pueblo de Llano Grande. El monumento consiste en una piedra rústica, en la cual se colocaron tres placas de bronce, y que respectivamente dicen:

1. Alberto Guzmán Guzmán
Ignacio Guzmán Ruiz
José Mercedes Rivera
Enaltecieron a Costa Rica ofrendando sus vidas por la pureza del sufragio.
2. Cuando alguno pretenda tu gloria manchar
Verás a tu pueblo valiente y viril
La tosca herramienta en arma trocar.
3. Este monumento inconcluso materialmente simboliza la determinación inquebrantable del pueblo de defender la democracia costarricense.

SERA UN GOBIERNO DE VERDADERO ORIGEN
POPULAR EL QUE LE DE FIN Y PERPETÚE UN
ACTO DE GRAN TRASCENDENCIA PARA LA
REPÚBLICA.



Vibrantes discursos pronunciaron los siguientes caballeros: don José Figueres, don Fernando Valverde, don Fernando Volio S., el Dr. Don Antonio Peña Chavarría, don Otón Acosta y otros cuyos nombres no recuerdo. Luego se condecoró al Ex Agente de Policía Abilio Aguilar y a los familiares de las víctimas, con medallas de oro.

La que se colocó en el pecho de Abilio dice:

HONOR - LEALTAD - ABILIO AGUILAR
- Salvó el honor de su investidura -
13 de febrero de 1944

Las otras medallas dicen:

Enaltecieron a Costa Rica ofrendando
sus vidas por la pureza del sufragio.

Dolor por los Campesinos Asesinados

I

Para comenzar un canto
-un canto humilde y simple al campesino
-he vagado en la noche
en busca de palabras transparentes y suaves.
He acudido a los vientos,
a los bosques amigos,
al sonido apacible de claros manantiales.
Para escribir un canto al campesino
he llorado otra vez mis dolores antiguos.
He abierto heridas que cerrara el tiempo.
Mi corazón ahora
es un sencillo corazón de niño.

II

Firmes sobre las tierras cultivadas,
aspirando las brisas, recibiendo los rayos del sol,
estaban en la tarde de febrero
los buenos campesinos.
Unos hombres se acercan y disparan.
-Las formas de los cuerpos en el polvo
aún están dibujadas. Ya los ojos
eternamente abiertos, no contemplan
los campos ahora rojos,
húmedos y en silencio.
Hay dedos que señalan'
Todos hacia una dirección señalan.
A lo lejos se ven algunos hombres
con armas aún humeantes en las manos.

III

He visto manchas rojas sobre el polvo
dorado del camino,
los trillos de los campos están llenos
también de humedad roja
y están rojas las manos militares
y los potreros que antes eran verdes
y las casas, las calles están rojas.
Es la sangre
que hasta hace poco circulara viva
bajo la piel quemada de los hombres.
Todo está rojo y triste.
Es solamente
un amontonamiento de plaquetas
y de glóbulos blancos
y de glóbulos rojos.
Es la sangre,
que salió de los cuerpos campesinos
una tarde en Febrero.
Hay dedos que señalan.
Todos hacia una dirección señalan.
A lo lejos se ven algunos hombres,
con armas aún humeantes en las manos.

IV

Hay una voz doliente en cada casa.
Un llanto helado que al abrigo brota
de hogares mancillados.
Es un dolor que se transforma en rezo
cuando llega a los labios de mujeres que lloran.
Un dolor que hace más dura la mirada de los hombres.
Es una pena que vaga por los campos.
Hay una voz
de dolor y de angustia en todas partes.
Hay dedos que señalan.
Todos hacia una dirección señalan.
A lo lejos se ven algunos hombres,
con armas aún humeantes en las manos.

Roberto Fernández Durán

Savia de Llano Grande

«La ciudad libre de miedo,
multiplicaba sus puertas
Cuarenta guardias civiles
entran a saco por ellas»

FEDERICO GARCIA LORCA

1

¿Se podrá hablar ahora?
Ya todos los demás hablaron
y agotaron las palabras
-también las pantomimas-.
Sí. Ahora ya se puede hablar.
¡Es tan grato hacerlo de úlumo!
Sobre todo, después del político,
el estadista o el militarote.
Hablan tan mal ...
Es bueno que ahora cante el poeta,
él puede querer la tierra
-no hace falta alabarla
se trata de quererla-
y debe cantar;
los pastos han reverdecido
y esperan su palabra.
Es raro,
se habían dicho ya muchas misas en la ermita
y no había hablado.
Pero ya va a hablar.

Puede, uno a uno,
ir analizando a los hombres,
a los caídos y a los asesinos:
puede poner flores en la calle
o escupir con fuerza los cuarteles.
El coyote ya ha comido
y se para en el camino satisfecho.
Ese tal vez quiera hablar.
¿Por qué no lo dejáis?
Tal vez quiera decir unas palabras.
Le encanta decir palabras
y también abrazar.
Pero es mejor que no hable;
de todos modos ya había hablado
y sus compañeros bajaron la cabeza.
Es mejor que no hable.
Es ya mediodía
y estamos con vestidos negros de notario;
mejor que el vecino quemé incienso
y diga palabras dulces a las viudas.
¡Son ellas tan valientes!

Saldrán los niños a buscar,
por el lado donde el sol apareció aquella mañana,
los últimos cascarones de las balas.

¡Ayudadles! Son de ellos,
a ellos se los regalaron.
No tienen juguetes
ni comen helados en las tardes.
¡Ayudadles!
Si fueron sus padres ...
pero en fin, sus padres tenían que ser.
Sí, sólo ellos
si eran hombres.
Llevaban machetes
y domaban potros;
sabían sembrar el pasto
y ver el horizonte.
A veces también nadaban en el río.
¿Por qué dicen que no?
Sí. Eran hombres.

¿Queréis que les pongamos corbata
y los sentemos en el café a hablar de política!
Imposible ... ¿Verdad?
Sí. Eran hombres
y ellos eran los que tenían que despedirse del Sol,
de la montaña y del viento
aquel domingo de Febrero.
Sí. Eran hombres.
Aquí fue diferente;
aquí se puede ver la bala
y atajarla con la boca.
Sencillos eran esos hombres.
Si la ley no es la ley
y el tirano es la ley.
¡Cómo se fueron a morir!

2

Sencillo es sentarse en la plaza
y ver el crepúsculo.
Son muy bellos los campos
y el ganado y los pájaros.
Si tienes calor ahí está el agua.

(Camino que entra al pueblo
como lanzazo en el pecho
por donde llegan los hombres
de corbata y de chaqueta).

¡Qué bien hablan!
Sí. Hablan muy bien y saben muchas cosas;
son de allá, de la ciudad;
tienen mucho dinero.
Tal vez
nos inviten y les diremos que no,
que no nos gusta la taquilla.
¿Y si se resienten?
No. No se deben resentir.
¡Hablan tan bien!
¡Cómo nos gustaría tener esa chaqueta
e ir a la ciudad!
Ser como ellos.
Deben ser muy felices.

Nosotros no.
El ordeño y el maíz,
los pastos verdes y el agua clara.
Casi no leemos.
El pájaro y la rama;
no llevamos zapatos.
El viento y la estrella;
tenemos callos en las manos.
El sol y el cielo azul;
sólo comemos frijoles y algo más.
¡Ah, quién fuera como ellos!
Hablan tan bien.
Debemos estar muy orgullosos
de que vengan aquí.
Son como nosotros, hermanos,
les ofreceremos miel y maíz,
y que almuercen con nosotros.
Son nuestros hermanos.
Pero ¡quién fuera como ellos!

¿Somos hombres!
Sí. Somos hombres.
No tenemos revólver
ni somos amigos del Capitán
-extraña mirada esa del Capitán-.
Somos hombres aunque tengamos miedo.
¿Quién no tiene miedo?
En sus manos
que antes tenían callos,
los rifles nos dan miedo.

Son muchos:
uno, dos, casi cuarenta.
¿Para qué querrán los rifles?
No es para destruirnos. Si son hermanos.
Ayer estuvieron aquí y juntos vimos el cielo.
Como nosotros tienen hijos
y padres y esposa.
Yo sé. Sí, él tenía tierra y ahora es soldado,
pero aunque yo no tenga no puedo ser soldado.
tal vez si hoy se quedaran los invitamos ...
-«Hermano». No oyen; tal vez el Capitán.
El debe de tener hijos también.
No. No hay que preocuparse:
no nos harán daño;
ellos quieren la tierra y la tarde.
Que vengan e iremos juntos a ver la tarde
desde la loma.
Se ve tan bien ...
Son nuestros hermanos.

4

La ley.
¿Qué es la ley?
Será no hacer daño a nadie
y amar a los hermanos
y querer a la tierra.
Tal vez descansar bajo un árbol
y pensar en el mañana.
¿Quién nos dice qué es la ley?

Ese señor que viene y habla con Abilio
(gran hermano es Abilio),
ese señor tal vez nos diga qué es la ley,
si lleva zapatos
y buen vestido.
Sí. Ese nos puede decir qué es la ley.
Pero está disgustado.
¿Qué será?
-«Abilio, hermano, amigo,
¿Qué es la ley?»
-«Evitar que los buitres deshagan los cadáveres:
evitar que los perros se coman la flor;
poner el pecho para que los hijos
florezcan en nuevo amanecer».
-«¿Quieres decirle a los hermanos qué es la ley?
-Caer todos nosotros para que el reptil
no manche nuestros hijos.
No dejar que los abuelos desde la loma
lloren por nosotros
y quieran salir de ahí
para guardar el pueblo».

5

Ahí están.
Abilio: ¡que tienen armas
y que te pueden matar!
Déjalos que entren, Abilio.
Que no florezcan las rosas,
que se seque el manantial,
(la ley es la flor que crece,
el viento que la acaricia).
¡Llano Grande, esa es la ley!

Moriremos todos juntos,
tú, yo,
nuestras mujeres,
nuestros padres y nuestros hijos.

Que te matan Llano Grande.

Ya van cayendo uno y otro.
(Sangre de mártires tiñe
el ocaso carmesí).
-Abilio, ¡que cayó uno!
-¡Que Llano Grande no cae!
-Abilio, ¡que cayó otro!
-Faltamos todos. Espera...

Que te matan Llano Grande.
En cada hombre los ojos
se clavan en lontananza,
los potreros hoy más verdes
mudos testigos serán.
Cantando por las colinas
los hombres van y regresan.
Desde la luz trae el viento
la noche que llega ya.

No se puede más, Abilio,
¡Que Llano Grande no cae!

-La noche llega. ¡A la noche!

Tendidos en el camino,
verticales con los cielos
los heridos y los muertos
no conocieron el miedo.
Un horizonte de fuego
los ve desde la montaña,
y la tristeza se cierra
sobre la madre y la hermana.

Llano Grande no ha caído.

6

Podréis decir conmigo
¿Qué es la ley?
Llano Grande.
¿Qué es el hombre?
Llano Grande.
La savia ¿qué es?
Llano Grande.
¿Qué es el pueblo?
Llano Grande.

Sí. Llano Grande no cae.
Es Raro.
Esto no lo ha dicho el político,
ni el estadista,
ni el militarote.
Pero ya es tarde para ellos.
Ahora quedan tres muertos
y un símbolo.
Y el pueblo.

Por eso quiso hablar el poeta.

Daniel Oduber